

AROLAS, JUAN (1805-1849)

*POESÍA RELIGIOSA*

ÍNDICE:

MEDITACIÓN

MAJESTAD Y JUSTICIA DE DIOS

LAS ARMONÍAS

LA PROVIDENCIA.

Himno al Hacedor

LA ENVIDIA ES UN GUSANO PONZOÑOSO

LA DEUDA DEL MUERTO

HIMNO A LOS ÁNGELES

FLORES DEL ALMA

EL HOMBRE

LA CREACIÓN

Himno al Supremo Ser

HIMNO DE LA NOCHE

Súplica al Criador

ARMONÍA RELIGIOSA

CANTO RELIGIOSO

EL ÁNGEL CAÍDO

ADÁN A SU COMPAÑERA DESPUÉS DE SU CAÍDA

MEDITACIÓN

Yo te veo, Señor, en las montañas  
que soberbias se miran en su altura,  
dó reciben la luz con que las bañas,  
antes que este hondo valle de tristura;

y en el último y lánguido reflejo,  
que recogen del día moribundo,  
cuando su altiva cumbre es el espejo  
de las sombras que caen en el mundo;

y en su color azul y nieve fría  
que oculta la preñez de los volcanes,

como encubre falaz hipocresía  
de infame corazón pérfidos planes.

Que tú les das la niebla matutina  
que se pierde por leve y vaporosa,  
tú les enciendes llama que ilumina,  
tú su cráter entibias y reposa.

Desataste en sus cimas y pendientes,  
para calmar la sed de los mortales,  
las cristalinas venas de las fuentes  
y escondiste en su seno los metales.

Mas ellos ambicionan el tesoro  
que previsión de un padre les encierra,  
no pueden apagar la sed del oro  
y rompen las entrañas de la tierra.

¡Metal de execración! ¡metal maldito,  
cuya pálida luz cegó los ojos,  
doró deformidades del delito  
y alumbró los desórdenes y enojos!

Yo te veo, Señor, en los breñares  
poblados de malezas muy bravías,  
en los altos, difíciles lugares,  
dó el águila renueva largos días,

el águila que es hija de los vientos,  
con su nido que es campo de batalla,  
lleno de los despojos más sangrientos  
del vulgo de las aves que avasalla,

sombría como el sitio donde habita,  
de furibundos ojos y de garras  
duras como las peñas que visita,  
corvas como moriscas cimitarras.

Que tú para cortar los aquilones  
la fuerza muscular le diste en prenda;  
te busca por las célicas regiones,  
por eso mira al sol como a tu tienda.

Tú contaste sus plumas más ligeras,  
como cuentas los árboles y frutos,  
los átomos que cruzan las esferas,

y hasta la eternidad por sus minutos.

Yo te veo en el mar: en la ola verde,  
azul, o sonrosada que camina,  
que con orla de aljófares se pierde,  
mientras otra más alta se avecina.

También cuando lo tienes en bonanza,  
para el pequeño alción que a sus cristales  
fía su hermosa prole y su esperanza,  
mientras atas furiosos vendavales.

Y en el cetáceo enorme que entre hielos,  
que muros de cristal pueden decirse,  
alza dos ríos de agua hasta los cielos,  
y agita el mar del norte al rebullirse;

que herido del arpón, iras alienta,  
con su sangre las aguas enrojece,  
y las pone agitadas en tormenta...  
¡Tanto puede su mole que padece!

Tú le diste los mares por presea  
donde tenga por lecho las bahías  
el boreal y antártico pasea;  
por abismos de espuma tú le guías.

Yo te veo, Señor, en el insecto  
que busca en la camelia nido y casa,  
con las galas de adorno tan perfecto  
que unas púrpura son, otras son gasa;

y en el que enamorado de su pompa  
se contempla en la fuente bulliciosa,  
y en el que chupa almíbar con su trompa,  
y en el que se adormece en una rosa;

y el que queda suspenso ante las ovas  
mecido en equilibrio con las alas,  
y al parecer les canta dulces trovas  
que solo entiendes tú que a ti te igualas;

y en el reptil que turba ninfas puras,  
que por su cauce nítido se alegra,  
y el que por las musgosas hendiduras  
asoma su cabeza verdinegra.

Tú has vestido de flores las colinas  
cual nunca Salomón se engalanara,  
cuando a ruego de hermosas concubinas  
ídolos en los bosques adorara.

Tú has dado los aromas y canelas,  
papagayos hermosos y parleros,  
búfalos, elefantes y gacelas,  
cedros, palmas, acacias, bananeros.

Que tú eres el principio de ti mismo,  
sin contar el origen de tus días,  
grande en la inmensidad y en el abismo,  
dios de eternas venturas y alegrías.

#### MAJESTAD Y JUSTICIA DE DIOS

Átomo que entre nieblas no aparece,  
átomo de una niebla condensada,  
que una ráfaga turba y desvanece,  
solo a tu luz, Señor, veo mi nada.

Sobre mi pedestal de vanidades  
soy estatua de lodo con aliento;  
¿cómo podré poner en tus bondades  
mi triste y atrevido pensamiento?

¿Como podré admirarte y comprenderte,  
si mientras me remonto hasta tu silla,  
me silba el huracán, sopla la muerte,  
y derrumba la estatua que es de arcilla?

Tómame el corazón; no sea mío;  
pero si no es de ti digno presente,  
llénale de una vez ese vacío,  
que no sabe explicar cuando lo siente.

¡Yo te diré su afán!... siempre suspira  
por un bien adorado que se aleja,  
que pone en su lugar una mentira,  
que al descubrirse pronto, causa queja.

Pero esclavo infeliz, tras el engaño

que con llanto de sangre gime y paga,  
vuelve a buscar su bien y vuelve al daño.  
Renovando sin fin eterna llaga.

Sigue tras la ilusión en raudo giro,  
contándole a la sombra fementida  
cada paso que da con un suspiro,  
que gasta los resortes de la vida.

Yo registré las fibras de su seno:  
No hay una que el dolor no haya quemado,  
no hay una sin lesión de este veneno,  
que a pesar de sus iras es amado.

Y siempre la esperanza engañadora  
procura disipar su desaliento,  
pues la sombra se acerca cuando llora,  
para que a llorar vuelva su escarmiento.

Toma mi corazón; no sea mío;  
tu puedes acallar su afán profundo,  
y ten piedad, Señor, de su vacío:  
Llévalo tú, que llenas todo el mundo.

Que este siglo es de hierro: edad de escoria,  
siglo sin fe, con hijos sin ventura.  
Que en potro de dolores sueñan gloria...  
¡Tal es el frenesí de su locura!

En cuestión de tormentas prolongados  
entre ecúleos, garruchas, fuego y rueda,  
cantan su necedad desmemoriados,  
pigmeos revestidos de oro y seda.

Para la compasión hombres de plomo.  
Al eco de lisonja siempre abiertos,  
sordos a la verdad, huyen su asomo,  
insensibles al bien como los muertos.

¡Cuan distantes de ti, cuando enamoras  
sobre los abrasados serafines!...  
El espacio es la casa donde moras,  
sin término, ni noche, ni confines.

Tu mirada es la luz del claro día  
que todo lo embellece y lo fecunda;

tu edad no cuenta mes, año, ni día,  
porque es la eternidad que en ti se funda.

Tú alumbras a la noche con fanales,  
tú coronaste al sol de rayos rojo,  
y giran las esferas celestiales  
al menor movimiento de tus ojos.

¿Quién sabe si formaste tantos mundos  
como globos lanzaste en los espacios?  
Yo veo en los cometas errabundos  
antorchas que iluminan tus palacios.

Te meces sobre el austro, te reclinas  
sobre los más sonoros aquilones,  
calcan tus pies sus alas y caminas,  
rey eterno de altísimas regiones.

Miraste levantada en su cimienta  
la torre de Babel, que altiva medra;  
del orgullo del hombre monumento,  
cifra de vanidad escrita en piedra,

en cuyas escaleras espirales  
pareciera el enorme cocodrilo,  
gusano que al través de los raudales  
tras una hierba débil tiene asilo

en cuya vasta cima la palmera,  
que más pompa y verdor ha desplegado,  
cual pobre jaramago solo fuera,  
cual musgo que en las piedras se ha sentado.

La viste en el fervor de sus obreras;  
confundiste su idioma, se turbaron,  
y plegando sus brazos altaneros,  
sobre basas de mármol se sentaron.

Todo fue confusión, todo fue espanto,  
caos, y nada mas rumor maldito  
y al aire de las orlas de tu manto  
derribaste la mole de granito.

Respiras, y tu aliento soberano  
anima lo infinito sin medida;  
todo tiene a la sombra de tu mano

belleza, juventud, amor y vida.

Del polvo has producido y de la nada  
seres que de tus obras se enamoren,  
que anhelan sublimarse a tu morada,  
que sin fin te bendigan y te adoren.

Ese trueno tu carro de victoria,  
y los rayos las chispas de sus ruedas;  
canta el mar en sus ámbitos tu gloria,  
cantan tu dulce amor las auras ledas.

Es el mundo tu templo, altar la tierra,  
y el justo te da incienso en sus querellas;  
la bóveda celeste el templo cierra;  
son lámparas las nítidas estrellas.

¿Quién se podrá esconder de tus rigores,  
si sondeas el pecho a los mortales,  
como penetra el sol con sus fulgores  
las ondas transparentes, los cristales?

¿Si pones por verdugo del delito  
al insomnio, al atroz remordimiento?  
¿Si al lado de las Culpas has escrito:  
«Dolor sin fin, placeres del momento?»

¿Si persigue y agovía al delincuente  
tu eterna maldición con peso frío,  
sentada en las arrugas de su frente,  
y envuelta en su mirar torvo y sombrío?

¿Si en medio del festín y de la orgía,  
al retumbar la orquesta sonora,  
al escuchar sus notas de armonía,  
al respirar los ámbares y rosa,

en el solar mentido de esa calma,  
alzas dentro del pecho voz temida,  
alzas severa voz dentro del alma,  
que deja el placer lánguido y sin vida?...

¿Do vas, nube preñada de tormentas,  
con tus flancos de fuego centellante?  
¿Caminas al acaso y te presentas  
sin un rumbo certero, rumbo errante?

Tú tienes quien dirija tu destino,  
quien te presente aquí como un amago,  
quien te suspenda en medio del camino  
para que lances muerte, horror y estrago.

Consumirás ciudades altaneras,  
sin gloria, sin virtudes, sin decoro;  
comparadas a estúpidas rameras,  
que vendieron su honor por plata y oro.

Mudarás sus alcázares en riscos,  
abrasarás sus pórticos, su asiento,  
sus pirámides, torres y obeliscos,  
y quedará su polvo en escarmiento.

¿Porque te alzaste, oh mar, con tanto, enojo?  
¿Eres rey de tu sello y tus orillas?  
¿Monstruo traidor, que tragas por antojo  
del náufrago los miembros con las quillas?

Tú no agitas las olas cuando quieres,  
que a soberanas leyes te sujetas:  
Díganlo las arenas donde mueres,  
lindero deleznable que respetas.

Manda Dios, y agitándose tu espalda,  
hierven en blanca espuma convertidas  
tus aguas de zafiro y esmeralda,  
que estaban en corales adormidas.

Sorbes buques infames y veleros  
que con sangre de negros traficaron,  
con su tripulación de bandoleros,  
que de Dios y del hombre blasfemaron.

De peñascos y arenas en los bancos  
estrellas esas naos fementidas,  
porque los atezados, cual los blancos,  
son hijos del Señor a quien no olvidas.

Y eres bien justo, mar, en tal venganza,  
y con justo rigor te desenfrenas,  
que el Dios de paz, de amor y de esperanza.  
Al hombre no crió para cadenas.



¿Do vas, río espumoso y turbulento,  
domados los opuestos malecones?  
¿Porque salvas los lindes de tu asiento?  
¿Puedes romper acaso tus prisiones?

Ayer entre las llores te dormías  
y entre verdes isletas te humillabas;  
tan claro tu cristal entretenías,  
que nadie te escuchó si murmurabas.

Rastrera la africana golondrina  
besó la flor del agua con encanto,  
y retrató su forma peregrina  
sobre tu seno azul como su manto.

Émulo de los mares hoy avanzas,  
y arrancando los árboles añosos,  
destruyes las risueñas esperanzas  
de los agricultores afanosos.

Sepultas las cabañas y el ganado,  
conviertes en lagunas los jardines,  
y paseas los surcos del arado  
sin respetar ni valles ni confines.

Y te dirige Dios con brazo fuerte,  
porque la raza mísera del hombre  
no se acordó del día de su muerte,  
y olvidó desleal su santo nombre.

Templa, Señor, tus iras y furores,  
y la prole de Adán, prole infelice,  
deje de suspirar tantos dolores,  
mientras ni rudo labio te bendice

sobre los tristes males que lloramos  
tiende mano benéfica y propicia:  
Grande es tu majestad y la adoramos;  
témplanos el rigor de tu justicia.

Las Armonías

Los pinos son las arpas del desierto  
que, entregando a los euros su ramaje,

dan a la soledad largo concierto  
con un eco monótono y salvaje.

Que allí donde sin flores se ostentaba  
naturaleza triste, inculta, fiera,  
de ese arrullo feroz necesitaba  
para que entre peñascos se durmiera.

Y a la voz general de todo el mundo  
que alaba al Hacedor con sus cantares  
debía responder eco profundo  
de pinos y de abetos seculares.

Del mar que cruza el hombre en su osadía  
escuchemos la voz atronadora;  
¿conocéis de las olas la armonía?  
¿Ruge el mar o suspira? ¿canta o llora?

Esa tremenda voz es la primera  
que dio cuando el gran Ser lo refrenara,  
y una valla de arena le pusiera,  
que, sin poder salvarla, la besara.

Suspira, pues, besando las arenas,  
como esclavo infeliz de sangre hirviente  
que mira con tristura sus cadenas  
teniendo un corazón libre y valiente.

Y una vez las rompió: fue cuando el hombre  
quiso pasar su vida en una orgía,  
y olvidando de Dios el santo nombre  
ídolos de metales se fundía.

Y adoraba becerros y serpientes,  
asquerosas arpías y dragones,  
que esos eran los dioses indecentes  
que alzó en el muladar de sus pasiones.

Y llevó a la mujer a que los viera  
manchada con los besos del delito,  
con el Pecho desnudo cual ramera,  
próxima a dar a luz fruto maldito.

Dijo Dios: «Pruebe el mundo mis rigores»,  
saltó el mar, y sorbiose los jardines,  
y mujeres desnudas y amadores,

y las galas de orgías y festines.

Rugió entonces con furia y con encono,  
y acordándose a veces de aquel día,  
se agita en tempestad, y vuelve al tono  
del bramido infernal que despedía.

¡Voz del agua que riega el fértil suelo,  
tú tienes armonías puras, leves,  
cuando cubre el invierno tierra y cielo  
con perezoso manto de sus nieves!

Tú aconsejas quietud tan recogida,  
que al murmullo que formas sobre el techo  
del sueño majestuoso de la vida  
goza el mortal en abrigado lecho,

Si llega a despertar, con tu sonido,  
la halagas otra vez, le das contento,  
sabrosamente encantas el oído,  
y el párpado se cierra soñoliento,

esa voz funeral de la campana,  
que resuena en el alto monasterio,  
da sinfonía tétrica y lejana  
con los más graves tonos del misterio.

Cantora de sepulcros y desiertos,  
marca el instante mismo de agonía,  
es la plegaria triste de los muertos  
y el suspiro que el mundo les envía:

Sarcasmo del placer que hemos buscado,  
nos indica del tiempo el raudo vuelo,  
y hundidos en la sima del pecado  
nos obliga a mirar el alto cielo.

Sonido de la brisa que traviesa  
va jugando entre lirios y espadaña,  
susurro del insecto que los besa,  
murmullo del arroyo que los baña,

gorjeo de avecilla que enamora,  
canto del ruiseñor que penas calma,  
vosotros sois la música sonora,  
que extasía el corazón y es dulce al alma.

Mas cuando airado Dios omnipotente  
nubla ese, cielo de zafir sereno,  
y le presta la luz del rayo ardiente,  
por el espacio retumbando el trueno,

esa voz de terrible fortaleza,  
es un grito de enojo al hombre reo,  
para el justo una muestra de grandeza,  
y una lección de fe para el ateo.

### LA PROVIDENCIA (Himno al Hacedor)

Salve, santo en esencia y atributos,  
origen y principio de ti mismo,  
tú que mides los siglos por minutos,  
y sondeas los senos del abismo;

tú que cuentas las hojas que perecen  
bajando a tapizar humildes gramas,  
y sabes cuantas viven y se mecen  
entre los laberintos de sus ramas;

que sabes cuantos pliegues esclavizan  
a la temprana flor en su capullo,  
cuantas olas se estrellan o se rizan,  
cuantas duermen sin voz o dan murmullo;

cuantas gotas el iris transparentan,  
cuantas hebras de luz el sol desata,  
cuantos soplos los céfiros alientan,  
cuantos sueños la luna que es de plata;

que de noche a tu carro de topacio  
uniste los alados aquilones,  
para correr del éter el espacio;  
y al medir las vastísimas regiones,

las chispas que saltaron de tu rueda  
que con puros crisólitos esmaltas,  
marcaron en el cielo esa vereda  
de estrellas tan unidas y tan altas;

tú que de vivo resplandor inundas  
los campos de zafiro do caminas,  
alma del universo que fecundas,  
y vida de los astros que iluminas;

que conduces semillas con sus medros  
en alas de huracanes revoltosos,  
y enmaridas del Líbano los cedros  
con los de Sinaí que son pomposos;

que como en tus espejos y cristales,  
cuando la creación duerme y reposa,  
te miras en auroras boreales,  
que pasan entre nubes de oro y rosa;

salve, padre, señor y Dios eterno,  
rey de la inmensidad santo y profundo,  
que haces temblar las simas del infierno,  
y reflejas tu imagen en el mundo.

La vida es como un páramo de arenas  
que levanta el pecado en nube impía;  
marcha el hombre cargado de sus penas,  
y con la oscuridad siempre desvía.

Siempre vasto arenal; los pies hundidos,  
lastimados de pérfidos abrojos;  
marcado el movimiento con gemidos,  
y con el polvo audaz ciegos los ojos.

Encended vuestra fe: sea la nube  
del pueblo de Israel en el desierto,  
que flotando a los soplos de un querube,  
marcaba salvación y rumbo cierto.

Detrás de esa cortina con estrellas,  
cuya luz no se acaba ni aniquila,  
pues en intacta juventud son bellas,  
vela del Hacedor la gran pupila.

Mientras vagan los astros en su turno,  
regula las edades y estaciones,  
y más alta que el cerco de Saturno  
observa los humanos corazones.

Vela... si todo el mundo con asombro

despidiese al caer fragor robusto,  
el átomo más débil de su escombros  
no pudiera tocar al hombre justo.

Vela... si el hondo mar se levantara,  
monstruo voraz, de bárbaros resuellos,  
y al justo entre sus olas sepultara,  
tal vez no mojaría sus cabellos:

Porque nuevo Jonás libre y seguro  
del cetáceo en el vientre abovedado,  
arca de salvación y fuerte muro  
rogaría al señor de lo criado;

y en el bajel viviente bajaría  
del mar a las más ínfimas honduras,  
y luego a flor del agua subiría  
A dormir unos sueños de venturas.

No vengáis a llorar, y no hagáis duelo  
de un niño sobre el túmulo de palmas;  
Dios aumenta los ángeles del cielo;  
llenad de regocijo vuestras almas.

Llorad sobre los ricos, cuyas fiestas  
brillan al resplandor de mil bujías,  
deslizan en caricias deshonestas,  
y culpan las auroras de los días

que dan fin a la lúbrica esperanza,  
cuando saltan las risas y placeres,  
cuando con más fervor hierve la danza,  
y la loca pasión en las mujeres.

Y en tanto bajo el pórtico suntuoso  
desnudos duermen pobres y vasallos,  
y turban las carrozas su reposo,  
rodando al relinchar de seis caballos:

Llorad sobre esos ricos y beodos  
que ahogan en el vino sus desvelos,  
que un cielo se formaron de estos lodos,  
y en verdad, en verdad no habrán dos cielos.

El cielo que formaron es de espuma,  
su prisma engañoso mintió colores,

voló como una sombra y una pluma,  
con estatuas, con ídolos de flores,

y viendo el Hacedor, que es santo y bueno,  
que los gustos por dioses adoraban,  
al dulzor del placer dio tal veneno  
que los mató en los lechos do soñaban.

Si el mundo como pobres os desprecia,  
si no veis vuestro albergue solitario  
con bruñidos espejos de Venecia,  
con flamenco tapiz y mármol patrio,

benedicid al Señor: de sus tesoros  
vendrán al cabezal de vuestro lecho  
espíritus angélicos en coros,  
que endulzarán la hiel de vuestro pecho.

Creed y confiad: esos placeres,  
pasajeras y vanas ilusiones,  
son esfinges con rostros de mujeres  
y garras de famélicos leones.

Son un juego fosfórico y muy vario  
de fuegos errabundos y mecidos  
en torno de las piedras de un osario,  
que nacen de los huesos carcomidos.

Creed y confiad: de los doseles  
en medio de los pliegues delicados  
anidan esos áspides crueles  
que llamamos pesares y cuidados.

Dios os dará su dicitamo fecundo,  
la paz del corazón y su contento:  
Mas allá de la tumba hay otro mundo,  
vuestra herencia no sufre detrimento.

Esther no se adornó con más riquezas  
cautivando de Asuero los amores,  
que la silvestre rosa entre malezas,  
y los lirios del valle y demás flores.

Dios las viste y las nutre de rocíos  
que en sus pintados pétalos resbalan,  
y a la perla que ocupa centros fríos

en sus trémulas lágrimas igualan.

Él conserva flotando en las espumas  
del plañidero alción el blando nido,  
y en tanto que le crecen leves plumas,  
entrena de los vientos el bramido.

Ved a Egipto, la tierra de tres montes  
do el orgullo mortal está descrito,  
pirámides que cortan horizontes  
con los ángulos triples de granito.

¡Arena y más arena en sus llanuras!...  
Mas ya os recrearéis de las fatigas;  
el Nilo extenderá sus aguas puras,  
y el Egipto no es más que un mar de espigas.

Dios hincha con el soplo de los vientos  
de atrevido bajel altivas lonas,  
y las aguas respiran sus alientos  
que templan el calor de ardientes zonas.

Él da una tabla al náufrago que llora,  
un recuerdo de amor al caminante,  
y una luz de esperanzas al que adora  
su nombre y majestad con fe constante;

un remedio al enfermo y agravado,  
y al que es huérfano un seno compasivo.  
Una sombra y un césped al cansado,  
y libertad al siervo y al cautivo;

a la vestal un sueño de su gloria,  
y al sabio un vaticinio de profeta  
al mártir una palma de victoria,  
y una corona de ángel al poeta;

al niño que recita su plegaria  
un beso maternal, beso de aroma,  
y a la virgen que ruega solitaria  
un corazón sin hiel y de paloma;

una nube que entibie el sol ardiente  
al que marcha en su nombre peregrino,  
y una blanda quietud en el ambiente  
que no remueva el polvo del camino;



al levita, que anuncia su ley santa,  
la dulce compañía de los buenos,  
y al pueblo que en su honor los himnos canta  
abundancia de paz y campos llenos.

Creed y confiad, y a los dolores  
el bálsamo aplicad de la paciencia  
que las duras espinas darán flores  
si alabáis la divina providencia.

### LA ENVIDIA ES UN GUSANO PONZOÑOSO

La envidia es un gusano ponzoñoso  
que las flores visita en la pradera,  
y entre las mil y mil del vulgo hermoso  
muerde la más pomposa y hechicera.

Hay eco en el gritar del maldiciente:  
La calumnia es carbón; sólo una brizna  
que se arroje a la faz del inocente,  
sino logra manchar, al menos tizna.

Más vale en una fragua centellante  
batir hierro que al golpe se resiste,  
que alrededor de un príncipe arrogante  
estar en ademán de siervo triste.

Belleza de mujer y vino añoso  
son dos venenos fuertes que huye el sabio;  
hipócritas del bien, mienten reposo,  
queman el corazón, dulces al labio.

Do quiera que por orden del destino  
le anochezca al que es pobre y errabundo,  
en los mismos linderos del camino  
encuentra su palacio que es el mundo.

Huir de la molicie y los placeres  
siempre fue de fortísimos varones,  
y dejando el hablar a las mujeres,  
reservar para sí nobles acciones.

Si platican de bélicos afanes

los hijos esforzados de la guerra,  
si loan a los duros capitanes  
que vencieron los mares y la tierra,

si ensalzan sus conquistas y su pompa,  
el sabio ha de callar o se retira,  
pues el ronco sonido de la trompa  
apaga las cadencias de la lira.

Con toda su extensión de hermosos llanos  
el mundo es un lugar corto y estrecho  
para dos ignorantes y villanos  
que disputan con ira y sin provecho.

Mil sepulcros, mil picos y azadones,  
y mil palas inútiles serían,  
mil hombres con las mismas intenciones  
una sola verdad no enterrarían.

De nuestra gratitud el celo avivan  
tres dones del Autor del firmamento  
y los tres de los ángeles derivan,  
la virtud, la hermosura y el talento.

¡Cuan tristes que serían prado y monte!  
¡Cuan breve nuestra vida lastimera,  
si no se dilatase su horizonte  
con la esperanza fausta y lisonjera!

Vestida de festín la mariposa  
no presta utilidad con gracias tantas,  
la abeja no tan rica ni vistosa  
saca la dulce miel de amargas plantas.

Cien libros de morales instrucciones,  
cien Sénecas que expliquen su sentido  
no podrán corregir con sus lecciones  
un natural perverso y corrompido.

Se apoya el mentiroso en sus empresas  
en dos cosas que suelen ser profusas,  
abundancia de inútiles promesas  
y abundancia de fútiles excusas.

Si el niño se entretiene recreando  
su oído con la rima sonora,

prueba buen natural, corazón blando,  
índole delicada y generosa.

El osado en la lid prueba su arrojo,  
buscando con furor al enemigo;  
el sabio se conoce en el enojo,  
y en la necesidad el buen amigo.

Podemos en tu lodo, mundo triste,  
reverenciar al Hacedor sin verle:  
La comprensión de Dios sólo consiste  
en la dificultad de comprenderle.

Alma sublime tienes, si divisas  
postrado a tu enemigo y a tus plantas,  
y suspendes tu marcha y no le pisas,  
y la mano le das y le levantas.

El servicio de un rey es mar incierto,  
dó los unos naufragan y perecen,  
otros llegan desnudos a su puerto,  
mas otros se subliman y enriquecen.

¿Qué peor mal deseas al avaro  
que una vida muy larga, cual él quiere?  
Su vivir ha de ser suplicio raro,  
y sale de su afán cuando se muere.

Crece con las opuestas privaciones  
el amor, y se nutre de desvelos,  
se entibia con las gratas posesiones  
y se suele avivar con duros celos.

Quien quiere recibir favor propicio,  
vende su libertad y la condena;  
debe considerar que un beneficio  
añade un eslabón a su cadena.

Si halaga la fortuna, no escucharla  
si ríe la fortuna, no creerla;  
es gran dificultad el encontrarla  
pero mucho mayor el retenerla.

El llanto de heredero es alegría,  
hay un blando reír en su gemido,  
debajo de la máscara sombría

que del buen parecer ha recibido.

Sólo el feliz o el fuerte sufrir osa,  
con ánimo constante y generoso  
los tiros de la envidia ponzoñosa,  
que atacan su fortuna y su reposo.

## LA ENVIDIA ES UN GUSANO PONZOÑOSO

La envidia es un gusano ponzoñoso  
que las flores visita en la pradera,  
y entre las mil y mil del vulgo hermoso  
muerde la más pomposa y hechicera.

Hay eco en el gritar del maldiciente:  
La calumnia es carbón; sólo una brizna  
que se arroje a la faz del inocente,  
sino logra manchar, al menos tizna.

Más vale en una fragua centellante  
batir hierro que al golpe se resiste,  
que alrededor de un príncipe arrogante  
estar en ademán de siervo triste.

Belleza de mujer y vino añoso  
son dos venenos fuertes que huye el sabio;  
hipócritas del bien, mienten reposo,  
quemán el corazón, dulces al labio.

Do quiera que por orden del destino  
le anochezca al que es pobre y errabundo,  
en los mismos linderos del camino  
encuentra su palacio que es el mundo.

Huir de la molicie y los placeres  
siempre fue de fortísimos varones,  
y dejando el hablar a las mujeres,  
reservar para sí nobles acciones.

Si platican de bélicos afanes  
los hijos esforzados de la guerra,  
si loan a los duros capitanes  
que vencieron los mares y la tierra,

si ensalzan sus conquistas y su pompa,  
el sabio ha de callar o se retira,  
pues el ronco sonido de la trompa  
apaga las cadencias de la lira.

Con toda su extensión de hermosos llanos  
el mundo es un lugar corto y estrecho  
para dos ignorantes y villanos  
que disputan con ira y sin provecho.

Mil sepulcros, mil picos y azadones,  
y mil palas inútiles serían,  
mil hombres con las mismas intenciones  
una sola verdad no enterrarían.

De nuestra gratitud el cielo avivan  
tres dones del Autor del firmamento  
y los tres de los ángeles derivan,  
la virtud, la hermosura y el talento.

¡Cuan tristes que serían prado y monte!  
¡Cuan breve nuestra vida lastimera,  
si no se dilatase su horizonte  
con la esperanza fausta y lisonjera!

Vestida de festín la mariposa  
no presta utilidad con gracias tantas,  
la abeja no tan rica ni vistosa  
saca la dulce miel de amargas plantas.

Cien libros de morales instrucciones,  
cien Sénecas que expliquen su sentido  
no podrán corregir con sus lecciones  
un natural perverso y corrompido.

Se apoya el mentiroso en sus empresas  
en dos cosas que suelen ser profusas,  
abundancia de inútiles promesas  
y abundancia de fútiles excusas.

Si el niño se entretiene recreando  
su oído con la rima sonora,  
prueba buen natural, corazón blando,  
índole delicada y generosa.

El osado en la lid prueba su arrojo,

buscando con furor al enemigo;  
el sabio se conoce en el enojo,  
y en la necesidad el buen amigo.

Podemos en tu lodo, mundo triste,  
reverenciar al Hacedor sin verle:  
La comprensión de Dios sólo consiste  
en la dificultad de comprenderle.

Alma sublime tienes, si divisas  
postrado a tu enemigo y a tus plantas,  
y suspendes tu marcha y no le pisas,  
y la mano le das y le levantas.

El servicio de un rey es mar incierto,  
dó los unos naufragan y perecen,  
otros llegan desnudos a su puerto,  
mas otros se subliman y enriquecen.

¿Qué peor mal deseas al avaro  
que una vida muy larga, cual él quiere?  
Su vivir ha de ser suplicio raro,  
y sale de su afán cuando se muere.

Crece con las opuestas privaciones  
el amor, y se nutre de desvelos,  
se entibia con las gratas posesiones  
y se suele avivar con duros celos.

Quien quiere recibir favor propicio,  
vende su libertad y la condena;  
debe considerar que un beneficio  
añade un eslabón a su cadena.

Si halaga la fortuna, no escucharla  
si ríe la fortuna, no creerla;  
es gran dificultad el encontrarla  
pero mucho mayor el retenerla.

El llanto de heredero es alegría,  
hay un blando reír en su gemido,  
debajo de la máscara sombría  
que del buen parecer ha recibido.

Sólo el feliz o el fuerte sufrir osa,  
con ánimo constante y generoso

los tiros de la envidia ponzoñosa,  
que atacan su fortuna y su reposo.

## LA DEUDA DEL MUERTO

I

Al celestial Espíritu que inflama  
los castos e inocentes corazones,  
y en sus senos recónditos derrama  
el fecundo rocío de sus dones;

dulce huésped del alma, luz y guía  
consolador del triste y fatigado,  
dador de la veraz sabiduría,  
refrigerio del hombre desterrado,

invoquemos con pura y grata ofrenda,  
para entonar un cántico piadoso,  
que conserve en su mística leyenda  
ejemplo saludable y provechoso.

Cuando veáis la sed del avariento  
que su vil corazón tiene cerrado  
en los cofres del oro amarillento,  
que guarda con zozobras y cuidado:

Cuando veáis que teme y desconfía,  
y maldice su sombra contemplada  
al resplandor de lámpara o bujía,  
pues la juzga ladrón que está en celada;

si veis que solo se abren sus oídos,  
mientras el pobre clama, el débil llora  
del precioso metal a los sonidos  
que son voz de los ídolos que adora;

que cual polvo que salta deleznable  
menosprecia las lágrimas y lloros,  
y con sangre y sudor del miserable  
amasa su edificio de, tesoros;

pues sus hermanos sois, templad las sañas  
del supremo Hacedor; rogad que quiera  
mudar el pedernal de sus entrañas

endurecido y tosco en blanda cera.

Rogad por él: navega un mar sin faro;  
ciego con la codicia escollos quiere:  
Solo llena los ojos del avaro  
el polvo de la tumba cuando muere.

María es mar de amor, fuente sellada,  
manantial con un cauce de amarantos,  
luna llena, de estrellas coronada,  
el iris de la gloria de los santos.

Perla de enamorados serafines,  
sol en cenit, aurora de alma frente,  
virgen que con la planta de jazmines  
la cabeza pisó de la serpiente.

Si la invocáis con ansia y con ternura,  
probaréis en su amor grata ambrosía,  
del maná del desierto la dulzura;  
en un vaso de flor que el alba cría.

Si alguno blasfemare de su nombre  
huid, y no escuchéis ecos malditos  
que con blasfemia. tal da indicio el hombre  
de la reprobación de los precitos.

## II

Sobre el techo de Pablo, en noche oscura  
el búho dio un gemido lastimero...  
¡Oh que triste señal! La muerte dura  
no se sacia jamás! ¡Qué infausto agujero!

Al despuntar la luz, su padre anciano  
dio el alma a Dios y al polvo los despojos:  
El joven que besó su fría mano,  
lloró, rogó por él, cerró sus ojos.

De dos plantas que beben un rocío  
y arraigan juntamente en la pradera,  
una muere de sed, mustia y sin brío...  
¿Qué esperáis de la triste compañera?

Sobre el techo de Pablo desolado  
el búho repitió su flébil queja...  
¡Oh que triste señal! ¡No se ha saciado



la inexorable muerte! ¡No se aleja!

El agudo puñal del sentimiento  
de su madre acabó la infausta vida:  
El joven detener quiso su aliento,  
pero el alma un instante entretenida

con sus ósculos tiernos y amorosos,  
dejó su esclavitud, voló al espacio  
en palmas de los ángeles hermosos  
coronados de rosa y de topacio.

¡Que absorba el ataúd cuerpos cansados  
de ver un sol sin dichas ni ventura!...  
¿Segará la cuchilla de los hados  
tu vida en flor, o cándida hermosura?

Tercera vez el ave lastimera  
repitió su monótona elegía...  
¡Oh que triste señal que desespera!  
Pablo tiene una hermana... ¡Suerte impía!

La doncella infeliz cedió al destino,  
que la orfandad es sombra que la espanta;  
murió como violeta de un camino  
que pisé con furor rústica planta.

De delicadas rosas purpurinas  
le coronó su hermano el postrer lecho,  
y al quitar de las rosas las espinas,  
clavadas las sintió dentro del pecho.

De la modesta virgen en la tumba  
brotó un jazmín en flor, planta dichosa  
en cuyo derredor la abeja zumba  
y vuela sin cesar la mariposa.

### III

Cuando el hombre sediento del tesoro  
registró las entrañas de la tierra,  
ella le castigó dándole el oro,  
que es causa de los males de la guerra.

Fue entonces la pobreza vituperio,  
tuvo altar y holocaustos la fortuna,  
se urdió el crimen a sombra del misterio,

y el mortal se estimó según su cuna.

Pablo es huérfano y pobre; los dolores  
minan como un gusano su existencia:  
No podrá resistir tantos rigores  
solo, sin protector y sin herencia.

Algunos de su afán se condolieron  
y prestaron auxilio generoso;  
mas otros con enfado le dijeron:  
«Levántate, y trabaja; el perezoso

No tiene pan ni hogar; de vicios lleno  
muere de hambre y miseria consumido,  
por no sacar las manos de su seno:  
Levántate y trabaja: estás dormido.»

Él sufre su tormento prolongado  
y en su mísera choza solitaria  
exhala de su pecho acongojado  
a la reina del Cielo su plegaria.

Un rico del país, que mantenía  
seis perros, diez caballos, veinte halcones,  
y gozaba en su pingüe baronía  
de opulento solaz y diversiones,

penetró en su cabaña desolada  
por la furia implacable de la muerte,  
y habló con voz sonora y ahuecada  
al doncel desvalido de esta suerte:

-Yo sé compadecer calamidades:  
Robusto parecéis: así los quiero  
para mis vastas tierras y heredades;  
podréis servirme a mí de jornalero.

-Señor, respondió el mozo, yo no tengo  
ni pala, ni azador, ni podadera,  
aunque al rural trabajo bien me avengo...  
Aliviadme la suerte lastimera.

Si me prestáis tan sólo cuatro escudos  
yo compraré con ellos lo preciso,  
mis miembros cubriré que están desnudos,  
y tendréis un esclavo el más sumiso.

Y en la luz venidera, derramando  
el Copioso sudor de la fatiga,  
satisfacer mi deuda iré anhelando,  
bendiciendo sin fin la mano amiga.

Convínose el barón: dio las monedas,  
y dejó aquel recinto doloroso  
por respirar en frescas alamedas  
el ambiente suave y aromoso.

#### IV

¡El sol quema la tierra reseca!  
Mientras lanza volcánicos ardores,  
se cumple la sentencia al hombre dada:  
«Tú comerás tu pan con tus sudores.»

Pablo trabaja un día sin sosiego;  
inclinado a la tierra ingrata y dura,  
consumido del sol al vivo fuego,  
parece que se cava sepultura.

Brilla la nueva luz y avanza el día,  
pero Pablo no viene a sus labores:  
Por él preguntan todos a porfía;  
corren siniestros ecos y rumores.

Se registra su choza... sobre paja  
encontraron al mísero sin vida,  
sirviéndole de fúnebre mortaja  
saco de tosca tela denegrada.

Cuando llegó el barón, quedó admirado  
de la escena cruel; pero al momento  
por avaros demonios inspirado,  
ante todos clamó con agrio acento:

«Alma que desataste ya tus nudos,  
no entrarás en la gloria de tu Cielo,  
si no me restituyes cuatro escudos  
que de mí recibiste en este suelo.»

¡Oh blasfemo y audaz! tembló la tierra  
de la protesta impía de tu boca;  
juzgas al Criador y le haces guerra  
tu delito a los ángeles provoca.

¿Quién osó detener el vuelo hermoso  
del alma que a la patria se apresura,  
y a los reinos felices del reposo,  
y al seno de su Dios, que es su ventura?

María quiso dar un plazo al alma  
para volver al cuerpo abandonado,  
satisfacer la deuda y lograr palma  
en el reino a los buenos destinado.

Pablo volvió a este mundo, a la morada  
del rico, y al trabajo que le debe:  
Trabaja como seis y no habla nada;  
nunca duerme ni come, nunca bebe.

Su cuerpo es una sombra en movimiento  
que va, viene, revuelve y se desvía,  
que tiene en su trabajo igual aliento,  
igual tino de noche que de día.

A un grave sacerdote que con brillo  
de ardiente caridad se ve adornado,  
dijo el barón, venid a mi castillo,  
si un hombre queréis ver resucitado.

El ministro le vio: vio la condena  
que el alma desterrada padecía,  
arrastrando del cuerpo la cadena,  
y por la fe ilustrado, le decía.

-¿Eres acaso aquel cuyos despojos  
deposité en el triste cementerio,  
rogando a Dios con llanto de mis ojos  
por tu quietud, según mi ministerio?

Te conjuro me digas prontamente  
qué sufragios reclamas de los vivos:  
¿Por qué ha querido el Ser Omnipotente  
que vuelvas a este valle de cautivos?

-Pablo soy, dijo el alma: cuando cierta  
juzgué mi salvación y eterno amparo,  
cerrada del Edén hallé la puerta  
por deber cuatro escudos a ese avaro,

vine a pagar mi deuda y por las nubes  
buscaré aquella patria de escogidos,  
y entre beatos coros de querubes  
rogaré por los pobres desvalidos.

-Dilatar tu rescate deseado  
no puede mi piedad, repuso el cura  
toma los cuatro escudos, desgraciado,  
y a pagar esa deuda te apresura.

Al recibirlos Pablo, los presenta  
al barón que con ansia los admite,  
pero su mano avara se calienta,  
se consume, se abrasa, se derrite.

Siente un fuego voraz que penetrando  
desde la mano al pecho, se lo inflama;  
tormentos del infierno está pasando;  
las monedas que amó son viva llama.

Ya tiene todo el brazo consumido;  
cunde el volcán, ocupa espalda y cuello,  
y con las blandas sedas del vestido  
le consume los rizos del caballo.

...

Al subir a las auras superiores,  
pablo se despidió del grave cura.  
«Gracias, mi bienhechor, por tus favores,  
yo rogaré sin fin por tu ventura.»

## HIMNO A LOS ÁNGELES

Mientras sobre los fondos arenosos,  
la turbulenta masa desplomaba,  
y partiéndose en grumos espumosos,  
con un sonoro hervir regurgitaba.

Con un ligero ceño de su frente  
calmó Dios el horrísono elemento,  
y lo mudó en zafiro transparente,  
que rizó con las auras de su aliento.

Y en él se complació, porque era hermoso  
como todas las obras de su mano;

sobre su lecho azul tomó reposo,  
y meditó tal vez celeste arcano.

Pues como su bondad lo hizo profundo,  
bello como su amor en el letargo,  
fuerte como su brazo en lo iracundo,  
e igual a sus enojos en lo amargo.

Entonces las falanges de guerreros,  
que se nutren de amor y de ambrosía,  
los ángeles vestidos de luceros  
pisaron el cristal de la mar fría.

Los unos apoyando sobre el onda,  
sandalias de colores muy distintos,  
suelta la cabellera negra o blonda,  
y extendiendo las alas de jacintos,

al Eterno formaban un sagrario  
de plumas, y de sedas, y de grana,  
mientras sabeas nubes de incensario  
subían con los ecos del hossana.

Otros que desmayaban al encanto  
de la luz del gran Ser, humildemente  
se escondían en pliegues de su manto,  
heridos del fulgor resplandeciente.

Otros su blanco pecho le ofrecían.  
por escabel de rosas y azucenas,  
otros sobre las aguas se tendían,  
o mudaban en oro las arenas,

o encogiéndose con gracia bellas plumas  
de crisólito puro guarnecidas,  
se vestían de cándidas espumas,  
meciéndose en las aguas adormidas.

Y las líquidas gotas que tocaban  
el carmín de sus labios celestiales,  
encendido color comunicaban  
de púrpura de Tiro a los corales.

Vagaban cariñosos serafines,  
por su fuego de amor así llamados,  
a la par de profundos Querubines,

que penetran misterios elevados,

los Tronos, donde Dios asiento toma,  
dominaciones altas en bondades,  
los Ángeles y Arcángeles de aroma,  
principados, Virtudes, Potestades.

Su mansión fue el Edén de la alegría,  
fresco vergel, bellissimo resguardo,  
do el Hacedor vagaba al mediodía  
sobre brisa odorífera de nardo.

Lugar de eternas risas y verdores,  
de fuentes y de grutas y de arcadas,  
de pájaros pintados y de flores,  
de torrentes de néctar y cascadas.

Lugar que no dejaran brevemente  
nuestros primeros padres amarridos,  
si allí no se arrastrase la serpiente  
que silbó la mentira en sus oídos.

Después que el fruto hermoso fue gustado,  
vieron su desnudez, trocaron suerte  
y sintieron el frío del pecado  
debajo de la sombra de la muerte.

Les mostraron los ángeles sentencia  
de maldición divina en que incurrieron,  
y al mirarles desnudos de inocencia,  
con sus preciosas alas los cubrieron.

Del pensil de delicias los sacaron,  
y al cerrarles las puertas de diamante,  
los ángeles hermosos suspiraron,  
nublando un dolor triste su semblante.

Viendo en su faz el sentimiento escrito  
dijo Dios a sus fieles servidores:  
«El lodo que formé, lodo maldito,  
comerá negro pan de sus sudores.

El hombre morirá, porque ha faltado  
a mi ley y decretos eternos,  
vuelvo el polvo a la tierra que lo ha dado,  
mas quiero que aliviéis sus duros males.»

Desde entonces endulzan la amargura,  
y calman las terribles aflicciones  
que atristan nuestra vida sin ventura,  
gastando los humanos corazones.

Después de aquel diluvio proceloso,  
que tragó toda raza pecadora,  
vuelto el mar iracundo a su reposo  
y aplacada la diestra vengadora,

suspendidos en arco do la esfera,  
con las plumas simétricas formaron  
el iris de esperanza lisonjera  
con que al mundo la paz pronosticaron.

Los unos dan el d́ictamo suave  
de la resignación a nuestro pecho,  
adormecen también el dolor grave  
y embotan los puñales del despecho.

Tranquilizan los párpados que lloran,  
o mecen de los huérfanos la cuna,  
nos envían los sueños y los doran,  
en despique de agravios de fortuna.

Otros calman las iras y venganzas,  
sirven de estrella y norte al peregrino,  
y hermocean con dulces esperanzas  
la polvorosa nube del camino.

O en la cumbre del monte levantado,  
do las aguas derrumban a su asiento,  
con un eco uniforme y prolongado  
de más profunda voz que la del viento,

detienen cariñosos y propicios  
la planta que flaquea vagorosa  
del que pisa en los altos precipicios  
piedra resbaladiza y peligrosa,

y no dejan que caiga al hondo seno,  
donde hierven las aguas plañideras,  
que la imaginación contempla lleno  
de esfinges y de arpías y quimeras,



o de magos astutos y traidores,  
que de aquel sumidero en las honduras  
en salas de cristal gozan favores  
de algunas prisioneras hermosuras.

Halagan con recuerdos deleitosos  
el desamor de vida solitaria,  
y guardan el placer de los esposos,  
y dan fragante aroma a la plegaria.

Las lágrimas del justo que da quejas  
sirven a sus cabellos de ornamento,  
y al sacudir las nítidas madejas  
rocían el celeste pavimento.

Los suspiros de virgen querellosa  
atesoran en urna cristalina,  
para dar las fragancias a la rosa  
y a la primer violeta matutina.

Dan tímido pudor a la inocencia,  
y conducen las almas de los niños  
del Árbitro Supremo a la presencia,  
sobre tronos de palmas y de armiños.

Dan una tabla al náufrago que llora  
perdido en la extensión del mar profundo,  
un remedio al enfermo que lo implora,  
y un destello de luz al moribundo.

A la vestal coronan de virtudes  
del claustro en las recónditas mansiones,  
y pulsando las fibras de laudes  
las recrean con célicas visiones.

Rigen el movimiento a los planetas  
en los altos espacios soberanos,  
y dan color de sangre a los cometas,  
que auguran muerte infausta a los tiranos.

¡O ministros de paz y de contento!  
¡Piras de amor, espíritus leales,  
mientras otros saltando de su asiento  
bajaron a las llamas infernales,

nutrid mi corazón de vuestros dones,

templad con el frescor de vuestra pluma  
el volcánico fuego de pasiones,  
antes que con su lava me consuma!

Preservad de tristezas este pecho,  
no lo roan con dientes acerados;  
alejad los fantasmas de mi lecho,  
y arrancad sus espinas de cuidados.

Y aquel entre vosotros escogido  
que de blandas quietudes es el dueño,  
que preside al descanso y al olvido,  
cual ángel amoroso del buen sueño,

recoja mi oración pura y ferviente,  
y haciendo un pabellón de ricas galas,  
sellando con un ósculo mi frente,  
me cubra, cuando duerma, con sus alas.

#### FLORES DEL ALMA

Al buen entendedor salud.  
Si en la margen de arroyo que camina.  
Suspende bello pájaro sus vuelos,  
cuando bebe una gota cristalina,  
levanta el pico de ámbar a los Cielos.

Suenan en el festín del potentado  
los brindis a la suerte veleidosa,  
al ciego amor y al rostro delicado  
de las bellas que ciñen fresca rosa;

y mientras que retumban los salones  
con cánticos de faustos parabienes,  
no suben a dorados artesones  
las gracias al dador de tantos bienes.

De injusticia cruel en un tormento,  
de súbito peligro en un espanto,  
se marca en nuestro ser un movimiento,  
que es levantar la vista al Cielo santo.

Si no hubiese metal de acero duro,  
nunca la piedra imán lo buscaría

para: estrechar un lazo tan seguro  
con fuerza, recóndita que envía:

Si después de la tumba misteriosa  
entre reinos de luz, gloria y recreo,  
no existiese otra vida venturosa,  
nunca la invocaría mi deseo.

Bajo la planta rústica oprimida  
rinde olor la violeta, y embalsama,  
y es como la virtud, que perseguida,  
como no tiene hiel, perdona y ama.

Dominarse a si mismo es noble empeño,  
sufrir la ingratitud es trance amargo  
la vida del placer huye cual sueño,  
pero un día sin pan es el más largo.

En el fuego se prueba la fragancia  
del incienso de Arabia delicioso,  
y en las tribulaciones la constancia  
del varón esforzado y animoso.

Más grande que los mares extendidos  
es el alma del hombre en sus arcanos  
y el polvo de sus restos consumidos  
no llenaría el hueco de dos manos.

De los grandes caudillos vi los nombres  
en ciudades, y villas y desiertos  
escritos con la sangre de los hombres,  
que la guerra es la fiesta de los muertos.

Y del cielo en los ámbitos dorados,  
con buril de diamante y rayos vivos  
de los sabios los nombres vi gravados,  
que su vida es la fama de los vivos.

Al impulso del aura procelosa  
se desprende la nuez del cocotero  
de su palma elevada y orgullosa...  
Dios le señalará su derrotero:

Cayó en la inmensidad del Oceano  
y flota en los cristales errabunda;  
la sublima y abate el mar insano,

la esconde entre sus senos y la inunda:

Tras agitadas noches con sus días  
encalla en arena, en un paraje  
do no hay vegetación ni sombras frías...  
Dios señaló su término al viaje.

El sol la fecundó: ya va naciendo  
la palmera feraz; crece y asombra,  
y sus gigantes ramas extendiendo,  
a mil renuevos suyos hace sombra.

El desierto es un carmen aromoso,  
con toldos coronados de rocío,  
y el ave tiene nido delicioso,  
y el hombre tiene sombras en estío.

Así se desarrolla el germen puro  
de civilización y de cultura,  
que en el pueblo más bárbaro y más duro  
pone esplendor, riquezas y ventura;

pues todo lo anivela y lo concilia,  
y arrancando del mundo las murallas,  
hará de todo el mundo una familia,  
sin linderos, ni términos, ni vallas.

La virginal belleza candorosa  
tiene la propiedad de sensitiva,  
que si un dorado insecto en ella posa,  
lo desdeña, y se cierra fugitiva.

Hay una Nación fuerte y aguerrida  
y un sabio ha escrito en ella en dos renglones  
que la pena de muerte irá abolida,  
según el giro actual de las Naciones.

## EL HOMBRE

De capullos que el polvo ha cobijado  
nacemos como insectos zumbadores  
a recorrer los límites del prado,  
y a murmurar del sol y gastar flores.

Volando con inquieto desvarío,  
ebrios de olor y ricos en las galas,  
o nos hiela una gota de rocío,  
que es lazo de cristal a nuestras alas,

o el mismo sol que alegre fecundiza  
cuanto en el mundo existe, nos abruma,  
nos seca, nos abrasa, y es ceniza  
nuestro adorno de gasas y de espuma.

Pero el murmullo y la inquietud nacidos,  
sin saciarnos jamás en pensil lleno,  
quejas de ingratitud son los zumbidos  
que damos a la flor que nos da el seno.

¡Qué orgullo si cruzamos los jardines!  
¡Qué olvido de aquel polvo de la nada!  
¡Qué riquezas y trenes de festines!  
¡Qué pompa tan gentil y abrigada!

El uno con penachos de oro y seda  
se mira en un pacífico arroyuelo,  
que la brisa no arruga y que remeda  
las nubes que deslizan por el Cielo.

El otro más ventura se promete  
si logra enamorar a una flor gualda,  
mostrando su bruñido coselete  
labrado de purísima esmeralda.

Quien ciñendo su cuerpo relumbrante  
de anillos con cadena artificiosa,  
que despiden los fuegos del diamante,  
asiste al nacimiento de una rosa.

Quien roza de azabache las antenas  
con constante afición y airado empeño  
en un vistoso grupo de azucenas,  
como por despertar su blando sueño.

Quien vestido de grana y de topacio  
sale de una listada maravilla  
donde tiene su nítido palacio,  
su lecho, su dosel y regia silla.

Quien ama demostrar, cual corresponde,

puesto en armas su fuerza y hermosura,  
y sus alas finísimas esconde  
debajo del metal de su armadura.

Quien esfuerza sus vuelos, pues confía  
besar medio desnuda una violeta,  
que al despuntar el alba se atavía  
y se esconde en el césped por discreta.

Quien liba, quien desdeña, quien halaga,  
quien zumba, quien arrulla, quien se queja,  
quien con ingratitud cariños paga,  
quien vuelve a cortejar y quien se aleja.

Todo es vida, festín, aroma y cielo...  
Pero viven un sol las frescas flores:  
¿Qué será de nosotros en el suelo,  
sus festivos y vanos amadores?

Sopló un viento; la flor se ha deshojado,  
y el insecto murió, no tiene nombre:  
Pero quedó un recuerdo que han dejado:  
Que el mundo es esa flor, insecto el hombre.

## I

Tus manos, ¡oh Señor! hermosearon  
un Edén dó tus glorias se veían,  
y los ángeles todos suspiraron,  
porque reinar en él apetecían:  
Y tú, para que el ángel más se asombre,  
de un lodo que amasate hiciste un hombre;  
con un soplo te diste el pensamiento,  
y por rey de los mágicos jardines  
le acataron los altos serafines,  
que bebían la luz del firmamento.

## II

Más allá del cenit alzaste el vuelo,  
y la sombra que hacía tu ropaje  
produjo el claro sol que alumbra el Cielo,  
y el polvo de tus pies fue su celaje:  
Deteniendo las ruedas de tu carro,  
miraste al hombre que salió del barro,  
el cual ciego y estúpido vendía  
por precio de una lágrima hechicera  
que vertió su adorada compañera,

la eterna gratitud que te debía.

### III

Del Edén tus miradas escondiste,  
y helándolo la sombra del pecado,  
como reina se alzó la muerte triste  
con un cetro de hueso descarnado  
seguida de las ansias y dolores  
que ennegrecen las plantas y las flores,  
al desterrar al hombre y a su amada  
del pensil dó furioso el viento zumba,  
un hoyo les abrió, dándoles tumba  
dó volvieron al polvo de la nada.

### IV

Entonces sin la luz con que la miras  
se estremeció la tierra en sus cimientos,  
y a respirar el fuego de tus iras  
salió por sus volcanes a los vientos,  
demostrando en sus picos y montañas  
que tú le consumías las entrañas,  
y para despertarla del desmayo  
guerra y hambre lanzaron su veneno;  
el huracán bramó, retumbó el trueno,  
y lutos de la esfera rasgó el rayo.

### V

¿Y el hombre fue mejor?... ¡oh mar profundo!  
Dilo tú que rompiste tu cadena.  
¿Quién te dio facultades en el mundo  
para saltar este escalón de arena?  
Tumba fuiste a la tierra temeraria  
sin inscripción ni losa funeraria;  
y ese rumor, salvaje sinfonía,  
y grito de tus aguas mal seguras,  
es la nueva amenaza que murmuras,  
y el himno de los muertos de aquel día.

### VI

¡Raza mortal! ¡tu germen es maldito!  
¡Con un nuevo furor tu orgullo sellas!  
Arrancaste los montes de granito  
para alzar una torre a las estrellas,  
que espíase los ámbitos del cielo,  
siendo corona el sol, las nubes velo,  
y en cuyas espirales y balcones

pudiese aparecer la palma erguida,  
como la hierba débil y perdida  
que brota en los gastados murallones.

## VII

Levantase la torre de gigantes,  
afrenta de la luz, baldón del viento,  
y enormes cocodrilos y elefantes  
asoman por las moles de su asiento,  
cual reptiles nacidos en las piedras  
matizadas de musgos y de yedras  
que al rumor de la lluvia desatada  
o del pie que pisó las ramas secas,  
entre rendijas débiles y huecas  
esconden su cabeza descarnada.

## VIII

Y el hombre dijo: «Subiré al espacio,  
registraré la luna soñolienta,  
y podré fabricar un gran palacio  
del nácar que en sus senos alimenta;  
que tal vez es un mundo como el mío,  
que mejor satisfaga mi albedrío;  
y el rayo que me asusta rutilante,  
que destruye mis míseras cabañas,  
debajo de mis pies, por mis hazañas,  
me servirá de alfombra de diamante.

## IX

Treparé donde el sol más encendido  
ostenta su finísima armadura,  
guerrero con un casco guarnecido  
no del oro de Ofir, de lumbre pura.  
Y mide todo el campo y en su centro  
se ve sin un rival, sin un encuentro;  
pues de estrellas la pálida cohorte  
brilla cuando se esconde su luz pura,  
y al desceñir sus rayos de hermosura  
le da la despedida y hace corte.

## X

Y veré donde Dios tiene su lecho,  
dó tiene de sus rayos la armería,  
que mudan en ceniza el mortal pecho  
y convierten al hombre en sombra fría.  
Y puesto en esa torre en centinela,



miraré si se duerme o está en vela,  
si medita un diluvio en sus arcanos,  
si desata los rancos aquilones,  
o si los esclaviza en sus prisiones  
con cadenas de hierro o con las manos.»

#### XI

¡Blasfemia audaz! El viento la llevaba  
como una negra pluma al firmamento,  
como cifra que el mundo sublimaba  
de su orgullo y audaz atrevimiento.  
Moviósse sobre el trono aquel que es santo,  
y el aire de las orlas de su manto  
la torre de gigantes desnivela,  
y arrancando el cimiento más hundido,  
derribó por el suelo maldecido  
operarios y torre y centinela.

#### XII

¿Y el hombre fue mejor con tantos males?...  
En dos llanuras fértiles y frescas,  
se miraban en nítidos cristales  
a la sombra de palmas gigantescas  
dos ciudades estúpidas y vanas,  
dos ramerías, dos lúbricas hermanas:  
Desnudando de ornato peregrino,  
con el fuego de amor, el cuerpo hermoso,  
brindaban con placeres y reposo  
al hombre que cruzaba su camino.

#### XIII

Y el hombre, apeteciendo sus abrazos  
y caído en la red de sus amores,  
dormía satisfecho en sus regazos  
húmedos con esencias de mil flores.  
Y al despertar, instado de su ruego,  
de su Dios renegaba, ingrato y ciego:  
Por el precio de sucias maldiciones  
le vendían sus ósculos y albricias,  
dábanle por blasfemias sus caricias,  
y por idolatrar sus corazones.

#### XIV

Tú, Señor, con volcanes inflamaste  
los flancos de una nube procelosa,  
y sobre esas ciudades la colgaste

en medio de la noche silenciosa.  
Y ella, según tus órdenes ilesas,  
dio fuego y consumió, mudó en pavesas  
sus pórticos, sus torres y cimientos,  
sus hijas las del seno profanado,  
sus hijos de blasfemia y de pecado,  
sus ídolos, orgías y contentos.

XV

¡Raza mortal! tu orgullo no se acaba  
con el fuego y el agua por castigo  
siempre de tu altivez serás esclava,  
que por tu duro mal nació contigo.  
Sólo cuando el clarín más espantoso  
despierte de las tumbas el reposo,  
al retemblar el mundo a su sonido,  
delante tu Señor y juez eterno  
se hundirá tu soberbia en el infierno,  
porque allí volverá de dó ha nacido.

LA CREACIÓN.

(Himno al Supremo Ser)

De tinieblas y sombras rodeada  
con un cetro de fúnebre tristura,  
domina sobre el reino de la nada  
una noche larguísima y oscura,

Sin ningún ser, color, ni movimiento,  
sin voz, sin ningún eco ni sonido,  
sin un soplo de vida ni un aliento  
por el estéril ámbito de olvido.

Es un caos de horrores y de espanto  
y solo vagar puede en ese abismo  
aquel tres veces justo y también santo,  
que fue en la eternidad, y será el mismo.

Lanza sobre esa noche soñolienta  
su mirada de plácidos amores,  
que toda la ilumina y trasparente,  
convirtiendo en cristales sus vapores;

y con velocidad la errante sombra

pasmada de una ley desconocida,  
se oprime al replegarse, como alfombra  
que en largo funeral se vio extendida.

Nace la virgen luz, reina brillante,  
que ocupa un éter límpido y sereno,  
con cetro y con diadema de diamante,  
y abrocha con un sol su casto seno.

Y ese sol es gigante de grandeza,  
es un joyel de amor y de alegría,  
con que tu grande autor, Naturaleza,  
marca de creación el primer día.

No gastarán tu joya inestimable  
los siglos con el roce de sus alas,  
su eterna juventud infatigable  
será el mejor adorno de tus galas.

Solo cuando, tu término llegado,  
quiera Dios que desmayes y sucumbas,  
esqueleto de un sol todo eclipsado  
te debe acompañar entre las tumbas.

Sobre tus vastos túmulos desiertos  
será final antorcha, que apagada  
dará un humo a tus sombras y a tus, muertos,  
el humo primitivo de tu nada.

Reinan por el zafir de los espacios  
mil globos y otros mil con un fin solo,  
fanales de los célicos palacios,  
que encienden doble llama en doble polo;

y aquel que los adorna y los produce  
les marca su distancia y armonía,  
y a todos con el dedo los conduce  
puestos en escuadrón, siéndoles guía.

Mas del gran luminar corriendo el coche  
los rayos va entibiándoles su dueño,  
y en tus horas balsámicas ¡oh noche!  
serán brillante aureola del sueño.

¡Oh luz pura que has nacido  
del fulgor de su mirada,

como virgen preparada  
para espléndido festín,  
que disipas de ese caos  
las nieblas y horror profundo,  
fijando la edad del mundo,  
bendice al Señor sin fin!

¡Oh sol, cuna de diamantes,  
rey de nítidos destellos,  
sin rival entre astros bellos,  
que apaga tu hermosa sien  
joyel del Omnipotente  
sacado de su tesoro,  
minero fecundo de oro,  
bendice al Señor también!

¡Oh Cielos, morada y templo  
del artífice que os ama,  
cuyas obras son de llama  
coronadas de esplendor:  
Páginas donde su nombre  
se halla escrito con estrellas  
que son polvo de sus huellas,  
benedicid al Criador.

Del sol de topacio  
la luz se dilata  
por todo el espacio  
con rayo de plata:  
la bóveda toda  
reviste su giro  
con traje de boda,  
color de zafiro:  
su seno que crece  
revela la nube,  
la brisa la mece,  
la brisa la sube;  
o en tiendas flotantes  
de rojo amaranto  
con varios cambiantes  
divide su manto;  
o al sol se evapora  
su espuma delgada,  
del astro que adora  
de amor abrasada;  
o es leve cortina

que cubre la cuna  
dó un ángel reclina  
su rostro de luna;  
o es nave ligera  
que altiva se ufana,  
flotando en la esfera  
con velas de grana.  
De un astro pretende  
saber otro luego,  
quien es el que enciende  
sus piras de fuego;  
quien es causa eterna,  
quien reina y en donde,  
quien rige y gobierna;  
y el otro responde:  
Que es Dios, que es la vida,  
principio y autor,  
virtud escogida,  
la gracia cumplida,  
luz, dicha y amor.

Sentado sobre, el trono de la aurora  
extiende por los ámbitos profundo,  
el Eterno su vista criadora  
de soles, y de cielos, y de mundos.

Y aparece la tierra suspendida,  
como por atracción, de su mirada;  
de mares, como fajas, circuida,  
y en sus polos muy bien anivelada

aparecen sus montes cual gigantes  
que guardan sus recónditos mineros  
de precioso metal y de diamantes,  
en cárcel de peñascos altaneros.

Unos su pico elevan orgulloso,  
y otros visten sus cumbres y su falda,  
do bulle el arroyuelo sonoro,  
del nítido color de la esmeralda.

Y algunos cual tiranos inclementes  
que han de burlar los soplos de huracanes,  
muestran con arrogancia duras frentes  
ceñidas con diadema de volcanes.

Tiende el valle su alfombra de verdura,  
la colina su término le sella,  
y dó nace una brisa que murmura  
nace una leve flor que es hija de ella.

El remanso que forma fuente fría  
remeda sombras trémulas, vergeles;  
miente nubes de hermosa pedrería,  
y sauces que desmayan en doseles,

aves que se columpian en las ramas,  
insectos que festejan a las rosas,  
de celajes de púrpura las llamas,  
y ornatos de elegantes mariposas.

El espumoso mar ocupa un centro,  
y aunque amaga su furia turbulenta  
con la tierra chocar en rudo encuentro,  
sobre linde arenosa desalienta.

Y es como ardiente esclavo, que nacido  
para lucha feroz y bramadora.  
Con un lazo de flores detenido  
besa el nevado pie de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya.  
Se despierta en los golfos peligrosos,  
y tumbos bullidores en la playa  
levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños istmos y arenales,  
y es rey que de mil islas se enamora,  
y les rinde tributo de corales  
y de perlas y de ámbar que atesora.

Le pagan claros ríos homenaje,  
y algunos tan subidos en orgullo,  
que sienten el humilde vasallaje  
y mueren con un hórrido murmullo.

Mil aves que se visten del tesoro  
que tiene abierto Dios para sus galas,  
émulos de la púrpura y el oro  
revelan los matices de sus alas;

entonan dulces cantos a porfía,

y celebran del mundo el nacimiento  
con el primer ensayo de armonía  
que, por llegar a Dios, penetró el viento.

Bebiendo luz, el águila pasea  
del éter el Océano extendido.  
Ocupada tal vez de altiva idea  
de morar en el sol y de hacer nido.

Se espacian los cuadrúpedos veloces;  
ruge el fiero león de noble raza,  
y el mundo no distingue entre mil voces  
otra de mayor brío y amenaza.

El río que dormía sosegado  
llena el caimán de espuma vacilante,  
y tiembla el árbol duro que ha tocado  
con Mole poderosa el elefante.

Extendiendo el pavón sus plumas bella,  
copia con delicada miniatura  
un cielo de simétricas estrellas,  
único en elegancia y hermosura.

Son los cedros y palma, altaneras  
colosos de las auras que los mecen  
los cipreses, pirámides ligeras,  
que todas las distancias embellecen

y las plantas acuáticas nacidas  
en medio de las fuentes y las olas,  
enseñan con pudor, medio escondidas,  
en urnas de cristales sus corolas.

¡Oh tierra de luz vestida,  
con su aliento fecundada  
por su mano regalada  
con un Cielo y un Edén;  
que de vida y hermosura  
tantos gérmenes contiene,  
y gozas de tantos bienes,  
bendice al supremo bien!

¡Oh mar de onda fugitiva,  
sonrosada, azul y verde,  
que en tu inmensidad se pierde,

y otra toma su color;  
que como a risueña virgen  
que destinas a tu boda,  
abrazas la tierra toda,  
bendice al supremo autor!

Circula y se eleva  
por todo paraje  
la savia, que lleva  
frescura y ramaje.  
Y el céfiro leve  
que vaga y murmura  
con alas de nieve  
por toda espesura  
derrama rocío,  
que es llanto de aurora.  
Y hermoso atavío  
de rama sonora.  
Con galas distintas  
ostentan las flores  
penachos y cintas  
de vivos colores;  
coronas radiantes.  
Y gasas delgadas,  
festones, turbantes  
y tazas doradas;  
capullos cubiertos  
con gran simetría,  
y senos abiertos  
al aura y al día.  
Las unas se afanan  
por ser solas ellas,  
las otras hermanan  
corimbos de estrellas;  
desmayan algunas,  
las otras asoman,  
y brillan las unas,  
las otras asoman.  
Y en fin leve nube  
de esencias combinan,  
que al Cielo se sube,  
que a Dios la encaminan.  
En fuentes hermosas  
que en lluvias de perlas  
inundan las rosas,  
que nacen por verlas,



contempla el insecto,  
zumbando en la rama,  
su talle perfecto  
su cuerpo de llama;  
y el bosque y el prado,  
vergel y montaña,  
y arroyo cercado  
de verde espadaña,  
mar, ríos y suelo  
con voz de alegría,  
dan himnos al Cielo,  
formando armonía.  
Y al ave que canta  
preguntan las aves,  
quien dio a su garganta  
los trinos suaves;  
quien es causa eterna,  
quien reina, y en donde,  
quien rige y gobierna;  
y el ave responde:  
Que es Dios, que es la vida,  
principio y autor,  
virtud escogida,  
la gracia cumplida,  
luz, dicha y amor.

A dominio tan vasto y halagüeño  
con trono de magnífica grandeza,  
no quiso el Hacedor, el sumo dueño,  
que faltase tu rey, Naturaleza.

Y el hombre, el soberano de tus seres,  
compendio de ti misma y tu portento,  
en medio del Edén de los placeres  
fue criado por Dios, y de su aliento.

Dióle un alma profunda que midiera  
toda la creación que era reciente,  
y para que su patria conociera,  
al Sol y a su cenit le alzó la frente;

y habiendo puesto el mundo por santuario  
dó brillase la gloria de su nombre,  
destinó para místico sagrario  
el corazón magnánimo del hombre.

Mas deja separar, hombre criado,  
y aunque amaga su furia turbulenta  
con la tierra chocar en rudo encuentro,  
sobre linde arenosa desalienta.

Y es como ardiente esclavo, que nacido  
para lucha feroz y bramadora.  
Con un lazo de flores detenido  
besa el nevado pie de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya.  
Se despierta en los golfos peligrosos,  
y tumbos bullidores en la playa  
levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños istmos y arenales,  
y es rey que de mil islas se enamora,  
y les rinde tributo de corales  
y de perlas y de ámbar que atesora.

Le pagan claros ríos homenaje,  
y algunos tan subidos en orgullo,  
que sienten el humilde vasallaje  
y mueren con un hórrido murmullo.

Mil aves que se visten del tesoro  
que tiene abierto Dios para sus galas,  
émulos de la púrpura y el oro  
revelan los matices de sus alas;

entonan dulces cantos a porfía,  
y celebran del mundo el nacimiento  
con el primer ensayo de armonía  
que, por llegar a Dios, penetró el viento.

Bebiendo luz, el águila pasea  
del éter el Océano extendido.  
Ocupada tal vez de altiva idea  
de morar en el sol y de hacer nido.

Se espacian los cuadrúpedos veloces;  
ruge el fiero león de noble raza,  
y el mundo no distingue entre mil voces  
otra de mayor brío y amenaza.

El río que dormía sosegado

llena el caimán de espuma vacilante,  
y tiembla el árbol duro que ha tocado  
con Mole poderosa el elefante.

Extendiendo el pavón sus plumas bella,  
copia con delicada miniatura  
un cielo de simétricas estrellas,  
único en elegancia y hermosura.

Son los cedros y palma, altaneras  
colosos de las auras que los mecen  
los cipreses, pirámides ligeras,  
que todas las distancias embellecen

y las plantas acuáticas nacidas  
en medio de las fuentes y las olas,  
enseñan con pudor, medio escondidas,  
en urnas de cristales sus corolas.

¡Oh tierra de luz vestida,  
con su aliento fecundada  
por su mano regalada  
con un Cielo y un Edén;  
que de vida y hermosura  
tantos gérmenes contiene,  
y gozas de tantos bienes,  
bendice al supremo bien!

¡Oh mar de onda fugitiva,  
sonrosada, azul y verde,  
que en tu inmensidad se pierde,  
y otra toma su color;  
que como a risueña virgen  
que destinas a tu boda,  
abrazas la tierra toda,  
bendice al supremo autor!

Circula y se eleva  
por todo paraje  
la savia, que lleva  
frescura y ramaje.  
Y el céfiro leve  
que vaga y murmura  
con alas de nieve  
por toda espesura  
derrama rocío,

que es llanto de aurora.  
Y hermoso atavío  
de rama sonora.  
Con galas distintas  
ostentan las llores  
penachos y cintas  
de vivos colores;  
coronas radiantes.  
Y gasas delgadas,  
festones, turbantes  
y tazas doradas;  
capullos cubiertos  
con gran simetría,  
y senos abiertos  
al aura y al día.  
Las unas se afanan  
por ser solas ellas,  
las otras hermanan  
corimbo de estrellas;  
desmayan algunas,  
las otras asoman,  
y brillan las unas,  
las otras asoman.  
Y en fin leve nube  
de esencias combinan,  
que al Cielo se sube,  
que a Dios la encaminan.  
En fuentes hermosas  
que en lluvias de perlas  
inundan las rosas,  
que nacen por verlas,  
contempla el insecto,  
zumbando en la rama,  
su talle perfecto  
su cuerpo de llama;  
y el bosque y el prado,  
vergel y montaña,  
y arroyo cercado  
de verde espadaña,  
mar, ríos y suelo  
con voz de alegría,  
dan himnos al Cielo,  
formando armonía.  
Y al ave que canta  
preguntan las aves,  
quien dio a su garganta

los trinos suaves;  
quien es causa eterna,  
quien reina, y en donde,  
quien rige y gobierna;  
y el ave responde:  
Que es Dios, que es la vida,  
principio y autor,  
virtud escogida,  
la gracia cumplida,  
luz, dicha y amor.

A dominio tan vasto y halagüeño  
con trono de magnífica grandeza,  
no quiso el Hacedor, el sumo dueño,  
que faltase tu rey, Naturaleza.

Y el hombre, el soberano de tus seres,  
compendio de ti misma y tu portento,  
en medio del Edén de los placeres  
fue criado por Dios, y de su aliento.

Dióle un alma profunda que midiera  
toda la creación que era reciente,  
y para que su patria conociera,  
al Sol y a su cenit le alzó la frente;

y habiendo puesto el mundo por santuario  
dó brillase la gloria de su nombre,  
destinó para místico sagrario  
el corazón magnánimo del hombre.

Mas deja separar, hombre criado,  
mis ojos del Edén de ruiseñores,  
no sea que tropiece en tu pecado,  
que es un áspid oculto entre las flores,

y el himno que dirijo al que te cría  
se interrumpa con ayes de quebranto,  
y venga a concluir en elegía  
toda mi inspiración, todo mi canto.

HIMNO DE LA NOCHE. SÚPLICA AL CRIADOR

¡Oh Sol! ¡noble gigante de hermosura,  
y astro rey en un trono de volcanes!  
¡Guerrero cuya nítida armadura  
deslumbró en feroz lid a los Titanes!

Las águilas del Líbano altaneras,  
cuando dorabas hoy la antigua Tiro,  
te admiraron subiendo a las esferas,  
yo que pierdo tu luz, también te admiro

Su pupila tenaz osadamente  
se fijó en tu cenit esplendoroso;  
yo al morir en los mares de Occidente,  
te saludo no mas, rey luminoso:

Faro inmortal del mundo a quien das vida,  
eterno en juventud y en el encanto  
sombra del Hacedor, piedra caída  
de, la esmaltada fimbria de su manto!

De la muerte del día plañideras  
le siguen al sepulcro largas sombras,  
que borran la esmeralda en las praderas,  
desatando sus tétricas alfombras.

Su tapiz vaporoso sin colores  
enluta en fuente azul blancas espumas,  
los pétalos de nácar en las flores,  
y en las aves el iris de las plumas.

En el tronco de un árbol carcomido  
no duerme enteramente el aura leve,  
pero lánguida vaga sin sonido,  
temiendo desplegar alas de nieve.

Tal vez el bardo así, cuando es de hielo  
sin juventud ni amor, triste suspira,  
y teme levantar su canto al Cielo,  
recorriendo las cuerdas de la lira.

Roto el prisma falaz de las pasiones,  
que me presenta un mundo de placeres,  
y sobre pedestales de ilusiones  
ídolos de jazmín en las mujeres;

Cuando el Edén de mágico contento,

como insecto de un día vaga y zumba,  
se vista de color amarillento,  
mostrando en vez de flor, mármol de tumba;

deme el Cielo en la choza solitaria  
del arpa de Sion la melodía,  
y escríbase en mi losa funeraria:  
«Dios Amor, y la dulce Poesía.»

¡Mas sombras sobre el mundo cada instante!  
pero avanza un lucero a las estrellas  
mientras detrás del eje rutilante  
en lejanos cohortes siguen ellas.

Dime, luz bienhechora, ¿dó caminas?  
¿Velas sobre los sueños, les asistes,  
y con el resplandor los iluminas,  
repartiéndolos tú blandos o tristes?

¿Eres cuna dó el ángel se adormece?  
¿O estás cual atalaya prevenida  
que avisas al amante que anochece,  
para que vuele a ver a su querida?

¡Delicioso jardín...! en una rosa  
se duerme una cantárida dorada,  
mientras una nocturna mariposa  
turba el sueño y le roba la morada.

En la hierba fosfórico gusano  
enciende su fanal, o su lumbrera  
émula del cocuyo americano,  
que si marcha, le sigue compañera;

y las plantas acuáticas que solas  
aman perenne humor, sacan aprisa  
del cristal adormido sus corolas,  
para gozar los besos de la brisa.

Un insecto de púrpura y topacio  
sobre, flexible tallo se asegura,  
y a una cerrada flor que es su palacio  
estas quejas tristísimas murmura.

«Ábreme hermana mía, el blanco seno,  
que vengo fatigado del camino;

por extraño pensil de lilas lleno  
me perdí susurrante peregrino.

Me persiguió un rapaz de ojos azules  
y por huir su mano codiciosa,  
escondido entre ramas de abedules.  
Me sorprendió la noche tenebrosa.

Al tiempo de besarse dos amantes  
crucé por una gótica ventana,  
y sus ósculos tiernos y constantes  
empañaron mis alas de oro y grana.

Gozaba en su balcón auras amenas  
una bella de formas celestiales;  
quise entrar en su pecho de azucenas,  
y huyó de allí cerrando sus cristales.

Errante voy, y encuentro poseído  
todo cáliz, dó bebo la ambrosía,  
de sonoro amador que está dormido:  
Ábreme tu capullo, hermana mía.»

Poco a poco la flor va desplegando  
su seno virginal al que la llama  
y ofrece a su cariño lecho blando...  
¡Delicioso jardín!... esa flor ama.

¿Dó camináis vosotras, bellas nubes  
flotando sobre brisas regaladas?  
¿Vais a servir de tienda a los querubes?  
¿Vais a servir de tálamo a las hadas?

¿Vais a llevar los sueños a otras zonas?  
¿O a mentir a mis ojos soñolientos,  
con la luz de la luna hinchadas lonas  
de bájeles, en mares turbulentos?

Si al ocultarse el sol, según sus leyes,  
flotabais como ricos pabellones,  
que en las solemnes fiestas de sus reyes  
enarbolan los pueblos y naciones;

si vestíais de azul y de escarlata,  
¿quién os ha concedido blanco velo  
con profusión de aljófares y plata,



vestales de la bóveda del Cielo?...

Huid, y el rayo hermoso de la luna  
brille sobre mi rostro tibiamente,  
que le profeso amor desde la cuna,  
y es única corona de mi frente.

¡Arrecia con furor el raudo viento!  
¿Qué suspiráis, sonoros vendavales,  
en las torres de alcázar opulento?  
¿Qué gemís en sus largos espirales?

Murmuráis del magnate: cien bujías  
en un ambiente de ámbar y rosa  
sus noches aclaran como días,  
al estruendo de orquesta sonora.

Vense tras de los vidrios, entre sedas  
cruzan nobles y duques y barones,  
y danzar a compás vírgenes ledas,  
ninfas de flor, con alas de ilusiones.

Y mientras el palacio se alborozaba  
duerme el pobre en las piedras de la esquina  
lo desvela la rápida carroza,  
y otra vez en el polvo se reclina.

¡Ricos!... en los banquetes abundosos  
si disfrutáis placeres, dad al menos;  
si dais de lo sobrante, sois piadosos,  
si de lo necesario, seréis buenos.

Debajo del suntuoso artesanado  
no habitaran tristezas que os devoran,  
y el ángel del reposo regalado  
de noche os dará sueños que enamoran.

Dios de la luz, de noches y de días,  
que pintas el celaje de la aurora,  
dios de mis esperanzas y alegrías,  
oye mi voz: mi corazón te adora.

Concede tu esperanza a mi tormento,  
a mi duda tu fe y tus resplandores,  
y el bálsamo feliz del sufrimiento,  
cuando se multipliquen mis dolores.

Tenga tranquilo hogar, pecho sin hieles,  
palabras de tu amor, rostro sin ceño  
el pan de mi trabajo, amigos fieles,  
y de tu santa paz el dulce sueño.

## ARMONÍA RELIGIOSA

Vivamos de la fe, que nuestros días  
no limitó a los días de este suelo  
el Dios de las eternas alegrías,  
que encima de la tierra puso un cielo;

y do quier que la muerte nos espanta,  
si abrimos nuestros ojos lastimeros,  
veremos que su bóveda levanta  
nuestra patria de estrellas y luceros.

Desterrados por tiempo a las honduras  
de estos valles estériles y secos,  
probados en tristezas y amarguras  
con fúnebre plañir y roncós ecos,

esperamos un día sin ocaso,  
otros climas templados y abundosos,  
otra luz y otra vida sin fracaso,  
reinos de bendición y de reposos.

De la temprana flor grato perfume  
como suele aspirar del sol la llama,  
y la flor se disipa y se consume  
sobre la tierra misma que embalsama;

así roto este vaso cinerario,  
a la tumba irá el cuerpo que es de lodo,  
y subirá el espíritu al sagrario  
de aquel que lo crió y animó todo.

Y esta dulce esperanza en los decretos  
del Señor que nos hizo de la nada,  
de mi pecho en los íntimos secretos  
con llave de su amor está guardada.

Entre las densas sombras de agonía

al polvo inclinaremos nuestra frente,  
del cieno terrenal morirá el día,  
y empezará la luz indeficiente.

Envuelta con el último suspiro,  
conociendo su origen y su palma,  
por las altas esferas de zafiro  
libre de sus cadenas irá el alma;

y dejará detrás el aura leda,  
y el palacio de nácar de la luna,  
y del sol los caballos y la rueda,  
que es más alto su origen y fortuna.

Paréceme que sigue su camino  
mecida entre celajes y entre nubes,  
ufana con su patria y su destino,  
respirando fragancias de querubes;

que ya pierde de vista las montañas  
que cierran este valle de dolores,  
do nos gastan las íntimas entrañas  
las limas de pesares roedores,

y que mientras el bronce del santuario  
de su pronta partida el tiempo mide  
con golpe temblador y funerario,  
sube sus vuelos ella, y se despide:

«A Dios, tierra infeliz, triste y esclava,  
que te vistes de flor y das cadenas,  
que ocultando tu hiel que no se acaba,  
con un rayo de sol doras tus penas.

¡Cómo pude morar en ese encierro  
privada de mi patria de ambrosía!  
¡Oh cómo me marcaba mi destierro  
el duro sinsabor que yo sentía!

A Dios, ciudad de llanto, cuyas puertas  
se abren de par en par a los dolores,  
ciudad sobre laguna de aguas muertas,  
que levantan sus fétidos vapores:

Babilonia de fraguas encendidas,  
dominada del crimen y del vicio,

Babel de varias lenguas confundidas,  
que con sangre amasaste tu edificio.

Y los hombres adoran tus engaños,  
y en tu seno fabrican arrogantes  
sus torres y palacios de mil años,  
que han de habitar brevísimos instantes;

y en ellos invocando a los placeres  
por dioses que halagaron sus sentidos,  
forman lúbricas danzas con mujeres,  
que ofrecen a su amor senos vendidos.

Y Dios ve su locura torpe y fea,  
y azota sus palacios con los vientos,  
los parte con el rayo y los cimbreo  
desde sus más recónditos cimientos:

Hiere a sus moradores y a sus bellas,  
y está mudo el salón de las orgías,  
y los coros de plácidas doncellas  
no suenan en las anchas galerías.

Olvidaron su origen soberano  
se hicieron una patria de un destierro,  
se hicieron un Edén de un polvo vano,  
y cantaron su boda en un entierro.

A Dios, tierra de luto y de pesares  
con tus hijas que amaron devaneos,  
con tus hijos sin fe que alzan altares  
a sus vanos y estériles deseos:

Con tu mentida gloria y poderío,  
con tu sombra de bien engañadora,  
con las amargas heces del hastío,  
que brindas en tu taza al que te adora:

Con tu placer de fuego que nos daña,  
tu alegría falaz que se destruye,  
tu promesa que miente y nos engaña,  
tu posesión que asoma y que nos huye:

Tus cármenes de flor resbaladizos,  
tus lazos y mazmorras y cadenas,  
y con esos nefandos bebedizos,

que apagan la razón y encienden venas.

Yo vuelo a mi mansión, mundo nefario,  
me remonto a los climas soberanos,  
te dejo en mi mortaja y mi sudario  
digno presente en polvo y en gusanos.»

Así dice, saliendo peregrina  
de sus antiguas cárceles el alma,  
y al cielo, que es su patria, se encamina  
ansiosa de un laurel y de una palma.

Allí encuentra su bien y allí reposa;  
la eternidad la cubre con su manto,  
y vaga en una brisa deliciosa,  
viviendo de la luz de aquel que es santo.

Y no hay pesar allí: la noche oscura  
no extiende su dominio a tales climas,  
sólo cubre su velo sin ventura  
esta triste orfandad de nuestras simas.

Allí no se conocen los desvelos,  
ni el susto, ni el temor, ni la tristeza;  
no se conocen lágrimas ni duelos,  
ni afligen la codicia y la pobreza.

Alba eternal sonrío en las regiones  
habitadas de hermosos serafines;  
su nacarada luz, don de los dones,  
brilla en la inmensidad sin tener fines.

Suena perenne canto de alabanza  
al fuerte, al vencedor del negro abismo,  
y cuanto se apetece en él se alcanza,  
que cuanto bien se anhela está en Dios mismo.

Apresura, Señor, ese momento  
de desatar mis grillos y mis lazos,  
que me tiene gastado mi tormento,  
y anhelo reposar entre tus brazos.

Mil veces ¡ay de mí! se ha dilatado  
mi triste y fatigoso cautiverio;  
multiplica sus flechas el cuidado,  
y escarnece mi mal el vituperio.

Crece la tempestad, y el tiempo es crudo,  
la noche de este siglo negra y larga,  
crece la tempestad, y estoy desnudo,  
y mi existencia estéril es amarga.

Abre, señor, tu seno a mi fatiga,  
rompe mi cárcel dura y raso el velo,  
y será que mi labio te bendiga  
por los siglos sin fin en tu alto cielo.

## CANTO RELIGIOSO

I

¡Señor! pasar veo mis días de luto  
tal como escuadrones de armados guerreros,  
que sueltan las bridas al rápido bruto,  
clavando en mi pecho sus duros aceros.

¡Oh! ¡cuando me llames al lecho de arcilla  
envuelvas mi rostro con frío sudario,  
y en breves minutos derrumbes la silla  
que ocupo en el cieno del mundo nefario;

Será que allí cierre mi párpado seco  
que vela comido de infausta carcoma,  
cual ave nocturna que gime en el hueco  
de torre gastada, pared que desploma!

Ni al viento que silba se escuche mi nombre  
ni al sol que ilumina mi sombra se vea,  
ni a par de la mía la sombra del hombre  
me hiele las venas, de espanto me sea.

Yo tiemblo a tus iras, cual grímpola leve  
que azotan los vientos en golfo profundo:  
Si truenas, me escondo; mi pie no se mueve,  
cual si desquiciases los ejes del mundo.

Yo al rayo que lanzas, distingo tu ceño  
rasgando los lutos que esconden la esfera  
que entonces el hombre recuerda del sueño,  
y el bronce del pecho se ablanda cual cera.

Si escucho a los euros rugir tempestades,  
conozco que agitas las orlas del manto,  
y el soplo produces que arranca ciudades  
y allana los montes, Dios fuerte, Dios santo.

¿Quién libra estas cañas que suenan vacías  
de jugo y de flores, cantando en el suelo,  
si al fuerte castigo señalas los días,  
cansado de ingratos que escupen al Cielo?

Si envías el hambre, los reyes más vanos  
que pisan el oro, llorando sus yerros,  
serán como furias que muerdan sus manos,  
y el pan se disputen que comen los perros:

Y a nobles infantes que ensalza su cuna  
colgados de un seno sin fuentes de vida,  
famélicas madres darán por fortuna  
las últimas gotas de sangre perdida.

Si envías la guerra, la aurora que hiciste  
verá hervir el mundo con bélico alarde;  
verá ser el mundo sarcófago triste  
la luz amarilla del sol de la tarde.

Y el ancho Danubio lamiendo las rocas  
con lengua rojiza que anuncie escarmiento,  
raudales de sangre dará en cinco bocas  
que corren al fondo del mar turbulento.

Si viertes la copa de airados furores  
do el rey de los astros sus vuelos encumbra,  
será mancha enorme de opacos colores,  
final esqueleto del sol que hoy alumbra.

Sin hombres la tierra sus ámbitos solos  
verá, si te olvida con ciego idolismo;  
si miras con ceño, vacilan los polos,  
si el brazo levantas, ya todo es abismo.

## II

Cargado de penas pasé mi camino:  
Vi al malo en orgías do el júbilo estalla,  
la sangre del justo bebiendo por vino,  
cantando unos himnos beodos... Dios calla.

Volviendo mis ojos tras breve momento,  
volcadas las mesas, vi al malo que muere  
leproso y exangüe, pasando tormento  
de vómitos, llagas y pestes... Dios hiera.

Vi al margen de un río ciudad deleitosa,  
ramera gastada, que estupro respira,  
sus hijos desnudos, ceñidos de rosa,  
danzaban con hijas desnudas... Dios mira.

Vi sobre sus torres la nube que ardiente  
con flancos de llamas, con furia postrema  
revienta y abrasa las casas y gente,  
cual leves aristas del campo... Dios quema.

Vi en solio sublime purpúreo tirano,  
que vastos dominios y estados anhela,  
uncir a los hombres con yugo villano,  
diciendo «sois siervos, sois bestias»... Dios vela.

Vi alzarse los siervos rompiendo sus grillos,  
y hundiendo aquel solio de púrpura y plata  
herir al tirano con fuertes cuchillos,  
y el cuerpo ser pasto de buitres... Dios mata.

Nacido en Ajaccio, león sin segundo,  
vi al héroe del siglo correr todo clima;  
que pone a sus plantas los reyes del mundo,  
que llega, ve y vence... Dios es quien sublima.

Vi al héroe que busca por lecho una peña  
que el mar con sus olas y espumas combate:  
ya solo en un barco sin gloria ni enseña,  
corriendo al sepulcro... Dios es quien abate.

### III

¡Señor! si adormeces al ángel de muerte,  
si cortas sus alas y embotas su espada,  
¿será que por grande, por santo, por fuerte,  
te rinda sus himnos la tierra cansada?

Da paz a los mares: tu aliento divino  
les rice las ondas con gratas bonanzas;  
da paz a la tierra por donde camino,  
y el bálsamo dulce de tus esperanzas.



Da paz a las penas y afanes del hombre  
que gime en los valles de tétrica hondura,  
y en siglos eternos bendiga tu nombre  
volando a las tiendas que están en tu altura:

Y mientras te vistes de luz esplendente  
y mientras te elevas en alas del Austro,  
las súplicas oye benigno y clemente  
de un cisne que canta tu gloria en el claustro.

## EL ÁNGEL CAÍDO

I

Hay hora solitaria,  
si el día finaliza,  
que en mística plegaria  
se pierde o se desliza.

Y el mundo empedernido  
cuando su golpe llega,  
se duerme a su sonido,  
mientras el justo ruega.

Mas ella gira y vaga  
por torre y por veleta,  
como infalible maga,  
que al tiempo se sujeta.

Y allá en el campanario  
de gótica estructura,  
la mano del horario  
dirige y apresura,

y al punto ya prescrito,  
con invisible traza,  
sobre metal bendito  
golpea fuerte maza.

Resuena el bronce hueco  
con majestad sonora,  
dejando atrás un eco  
que bien suspira o llora,

que salta, vibra y crece,

que a pausas va muriendo,  
y al fin desaparece  
con apagado estruendo.

Ya es muda la campana,  
ya nada clamorea,  
y solo el aura vana  
su cóncavo pasea,

y mientras sosegado  
su seno no retumba,  
del día que ha pasado  
parece hueca tumba.

Parece Pitonisa,  
que oráculo revela,  
y el labio cierra aprisa,  
quedando en centinela,

que en altas soledades  
se puso con la mira  
de pronunciar verdades  
al mundo de mentira.

Su voz ha sido un canto  
que la alabanza encierra  
del que es tres veces Santo,  
señor de cielo y tierra.

Los justos que anhelaron  
las eternas palmas,  
sus ruegos exhalan  
del fondo de sus almas,

y en esta baja hondura  
do tienen luz prestada,  
que roba noche oscura,  
ladrón que está en celada,

suspiran por el día  
que sigue al mortal paso,  
que en luz y en alegría  
no conoció el Ocaso.

Y al cielo va una nube  
de súplicas y ruegos,

que a las estrellas sube  
para adornar sus fuegos.

Las sombras precipitan  
densísimos vapores,  
y un nuevo mundo imitan  
sin luces ni colores.

Del todo desaparece  
la realidad del día,  
y en torno solo crece  
la Nana fantasía.

Y reinan ilusiones  
infaustas y agoreras,  
fantasmas y visiones,  
vestiglos y quimeras.

El árbol aromado  
que ramas mil desmaya,  
parece grupo armado  
de gente en atalaya.

Las torres son colosos  
que guardan hermosuras,  
y los abiertos fosos  
parecen sepulturas.

Los vagarosos vientos  
si chocan irritados,  
remedan los lamentos  
que dan los condenados,

y la congoja extrema  
que sin descanso clama  
de un alma que se quema  
sumida en una llama.

Y el pobre peregrino  
que busca hogar prestado,  
perdiendo su camino  
se muestra fatigado.

Por enemiga planta  
se juzga perseguido,  
y es eco que levanta

moviendo el pie rendido.

Si en áspera vereda  
de abrojo y de ramaje,  
prendida se le queda  
la fimbria del ropaje,

su paso agita incierto,  
juzgando en su sorpresa  
que le persigue un muerto  
que sale de la huesa.

¡Oh noche, hija del caos  
y sombra de los siglos,  
que en tus espesos vahos  
escondes mil vestigios!

Me colma de contento  
tu pálida tristura,  
pues libro al pensamiento  
de su cadena dura.

Bendigo tu llegada,  
la llamo con suspiros,  
que a mí no llega nada  
de espectros, ni vampiros.

Mis ojos te desean,  
y en santas oraciones  
mi espíritu recrean  
angélicas visiones.

Y cuando por fortuna  
su rostro no recata  
la soñolienta luna,  
que es mina que da plata,

que es astro de delicias  
y luz de los olvidos,  
que es reina de caricias  
y párpados dormidos,

no quiero a mis dolores  
mas dicha en mi desmayo,  
que recordar amores,  
que me alumbró su rayo.

## II

¿De mi tétrica ventana  
por los vidrios deslucidos,  
es insecto de oro y grana  
quien repite sus zumbidos?

Mas ella no tiene flores  
que atraigan con su ambrosía  
los insectos voladores,  
que huyen de la noche fría.

Sólo de laurel bendito  
tiene por adorno un ramo  
seco, pálido y marchito,  
que me regaló la que amo.

Talismán que la defiende  
de ruina lastimera,  
cuando el rayo se desprende  
de los lutos de la esfera.

¿Qué metéoro brillante  
sus vidrios ha recorrido  
con fulgores de diamante,  
que mis ojos han herido?

¿Quién embalsamó el ambiente  
de mi reducido bogar,  
siempre abrasador y ardiente  
con mi triste suspirar?

¿Quién eres? ¿Eres Gabriel  
conductor de Querubines?...  
¡Ah!... tu aliento de jazmines  
dice que eres Ithuriel.

Un ángel de dulce nombre  
que guardabas la ventura  
del Edén del primer hombre,  
paraíso de frescura.

Y Milton el inspirado,  
cuya dulce melodía,  
antes de ser tu llegado,  
recreaba el alma mía,

Milton que su vuelo eleva,  
te vio reprimir furores  
de Luzbel, que el sueño de Eva,  
revistió de sus errores.

¿Mas porque con blanco velo  
cubres, mensajero fiel,  
tu faz que será de cielo?...  
Y me respondió Ithuriel:

«Te consumiría todo  
de mi rostro el resplandor,  
que tu origen fue de lodo,  
cuando el mío fue de amor;

y es tanta su actividad,  
y a tan alto punto crece,  
que me cubro por piedad  
de tu lodo que perece.

¡Mísero! ¡medita y pesa!  
Rayos de terrenos ojos,  
que el gusano de la huesa  
tendrá un día por despojos.

Consumieron y abrasaron  
en tu verde primavera,  
cuantas fibras encontraron  
en tu corazón de cera;

¿y quieres verlos encantos  
y las gracias prodigiosas  
del que habita Cielos santos,  
con sus playas luminosas?

Del aire por las llanuras  
visité varios parajes;  
plegando las alas puras  
recosteme entre celajes.

Cuando el sol con mayor gloria  
cuál guerrero descendía  
de su carro de victoria,  
con eje de pedrería,

yo escuché una voz lejana  
que se desplegaba al viento,  
y era voz de una campana,  
metal sacro de un convento,

que a las Vírgenes Sagradas,  
que Dios a su amor destina,  
las horas marcó llegadas  
de plegaria vespertina

volé al claustro do sonaba  
la súplica virginal,  
y el órgano contestaba  
con cien bocas de metal.

Y con una taza de oro  
di a gustar a las vestales  
néctar dulce del tesoro  
de los reinos celestiales.

Yo tranquilicé sus pechos,  
con mi aroma embriagados;  
recorrí Sus pobres lechos  
y dejé sueños dorados.

Perdime por sus jardines  
y multipliqué sus flores,  
y a su cerca de jazmines  
di mis plácidos olores.

De la luna al rayo puro  
que derrama plata o nieve,  
proyecté sobre su muro  
tres veces mi sombra leve,

y huyeron de allí confusos  
espíritus tenebrosos,  
hijos del abismo ilusos,  
que suelen turbar reposos.

Allí (¡tanto es pura y bella  
la mansión de almas piadosas!)  
Al resplandor de una estrella  
me durmiera entre las rosas,

si el eco de tus dolores

por los vientos no cruzara,  
y del seno de las flores  
a tu lado me llamara»

-«Hijo de celestes climas,  
(respondile) tus acentos,  
fluyen cuando las ánimas,  
como río de contentos.

Cuéntale a mi corazón  
que tanto padece aquí,  
secretos de tu región»  
Ithuriel respondió así.

### III

Antes que hubiese tierra, monte y sima,  
y ríos de cristal y mar profundo,  
con estrelladas bóvedas encima,  
tuvo nombre de caos, este mundo.

Mole tosca, deforme con exceso,  
que contrarios principios contenía  
todos en ambición; horrible peso,  
que en su mismo desorden rebullía.

Pozo de antigua noche tenebrosa,  
en confusión, igual solo a sí mismo,  
que se agita en su seno y no reposa  
de abortos de la nada ciego abismo.

No tenía la luz sus resplandores,  
ni la tierra sus polos, ni el mar centro,  
ni fueron fuego y aire superiores,  
y batallaban todos al encuentro.

Mas en altas regiones de topacios,  
de una luz sin origen revestido,  
habitaba magníficos palacios  
el que es y el que será, pues siempre ha sido.

Fuerte por su poder ilimitado,  
santo en la eternidad por excelencia,  
grande sobre grandeza de más grado,  
sabio sobre los cúmulos de ciencia.

Celestes jerarquías te velaban



el trono con adornos de incensarios,  
y sus hermosos ojos inclinaban  
heridos de la luz de sus sagrarios.

Entre miles de espíritus ligeros  
que el soberano Ser tuvo consigo,  
brilló Luzbel, que es nombre de luceros,  
hoy es Satán, que es nombre de enemigo.

Sus cabellos (los límites no ignoro  
de tu razón y humillo mis acentos)  
eran un crespado mar con ondas de oro  
levemente rizadas por los vientos.

Sus ojos abarcaron con su fuego  
débiles e inferiores criaturas:  
Si mundo hubiera entonces, mundo ciego,  
sería si bajase a sus llanuras.

Sus alas recamadas con festones  
de toda rica piedra se veían;  
las plumas del pavón rudos borrones  
al lado de las suyas formarían.

¿No viste en las pinturas de Murillo  
rostros puros que el numen los soñaba?  
Ellos son un destello de aquel brillo  
que de Luzbel el rostro decoraba.

Pues cuando en rebelión su orgullo loco  
levantó contra Dios su frente inquieta,  
dios su esplendor deshizo, y puso un poco  
del célebre pintor en la paleta.

¡Tal era aquel ingrato de faz bella!  
¡Tanto alcanzó de gloria soberana,  
que vino a ser llamado clara estrella  
que reluce al frescor de la mañana!

Una sombra ocupó su pensamiento,  
y era nube preñada de demencia,  
que su amor convirtió en atrevimiento  
y en torpe ceguedad su inteligencia.

Príncipe de otros ángeles divinos  
consagrados al santo ministerio,

como para anunciarles sus destinos,  
los convocó con voces de misterio.

Y alzando su cabeza que excedía  
las de los otros coros eternos,  
y que un sol por auréola tenía,  
les quiso dirigir razones tales.

«¿Hasta cuando cual siervos honraremos  
al que ocupa del Cielo egregia silla?  
¿Nacidos para Dioses, doblaremos  
delante de su trono la rodilla?

Hijos de luz, con ávido deseo  
de mandar en la gloria soberana,  
¿hasta cuando tendremos por empleo  
cantar místicos himnos del hossana?

¿Para alfombrar de lirios y de rosas  
el escabel del solio omnipotente,  
tenemos estas alas vagarosas  
y ceñimos de rayos nuestra frente?

Subamos sobre raudos aquilones,  
y de esta esclavitud hollando leyes,  
llamémonos de altísimas regiones  
los soberanos árbitros y reyes.

Y tal vez de aquel caos espantoso  
que distante de aquí su horror abriga,  
formaremos un mundo luminoso,  
con prole que nos ame y nos bendiga.

Empresa tan audaz mi pecho alienta;  
no más esclavitud y acatamiento,  
no más humillación no más afrenta,  
cuya memoria triste da tormento.

Armémonos de lanzas y lorigas  
contra espíritus fieles al Tonante,  
y ensayen ya las bélicas fatigas  
nuestros pechos de acero fulgurante.

El altísimo Trono derribemos,  
y si vencidos somos en la lucha,  
¿quién nos podrá negar lo que valemos,

cuando soñar tal lid fue audacia mucha?»

Calló: la seducción sello maldito  
dejó en el corazón de sus oyentes,  
y la primer arruga del delito  
sombreó el esplendor de heroicas frentes.

Y vagando por playas de ambrosías  
a la voz de la guerra, en varios giros,  
tomaron de las altas armerías  
los petos y las lanzas de zafiros.

Miró Dios tal furor desde su silla,  
y llamando a Miguel, príncipe hermoso  
que las leales huestes acaudilla,  
le armó con doble rayo luminoso.

«Marcha (dijo) do, el grito de la guerra  
turba de mis espacios la paz pura,  
y a Satán y a sus cómplices destierra  
para siempre del reino de ventura.

Pon fin a sus quimeras, y tú mismo  
sepulta su soberbia delirante  
en las hondas entrañas del abismo,  
cerrándoles las puertas de diamante.»

Obedeció Miguel: las dos armadas  
chocaron entre sí con ronco estruendo  
de carros, y de lanzas, y de espadas,  
las aromosas auras encendiendo.

Y la lucha durara sin desmayo,  
por el valor igual de combatientes,  
si Miguel no lanzase doble rayo  
sobre el torvo adalid de delincuentes.

Cayó Satán del carro que regía  
de crisólito puro guarnecido,  
con atados bridones que a porfía  
dejan atrás al Euro embravecido.

Sintió dentro del pecho y armadura  
fuego devorador, dolor interno,  
que el tiempo no lo entibia, ni lo cura,  
llama que lo consume en el infierno.

Y puesto en fuga vil y vergonzosa  
con toda su falange derrotada,  
hundiose en la mansión más tenebrosa,  
más abajo del caos colocada.

Calló Ithuriel, huyóse de la tierra,  
y cerróse mi párpado pesado,  
y soñé de los ángeles la guerra,  
cual la explicó su labio delicado.

### ADÁN A SU COMPAÑERA DESPUÉS DE SU CAÍDA

Huyamos de sus iras ¿mas a dónde?  
¿Si no apaga su sol, quien nos esconde  
del ofendido Dios?  
Y, si de noche oscura se presenta,  
¿no hará con su mirada que calienta  
cenizas de los dos?

¿Nos esconderás el mar que ronco truena?  
¡El mar! ¡el mar! un escalón de arena  
que si lo salva el pié,  
detrás de onda benéfica que halaga,  
se estrella otra mortífera que traga  
y nada más se ve!

¿Y a los altivos montes quién acude,  
si pasando su sombra, los sacude  
con hórrido temblor?  
¿Si encorvarán sus cimas de malezas,  
oprimiendo tal vez nuestras cabezas  
malditas del Señor?

¿Sabes, dí, algún lugar árido y triste  
que de abrojos y espinas se reviste  
sin flores por tapiz,  
do estrechando los brazos criminales,  
cerremos en la noche de los males  
el párpado infeliz?

¿Y no llegue su enojo a tales climas,  
reventando en volcanes por las cimas,

y removiendo el mar?  
¿Y podamos por único consuelo,  
no contemplar la luz, y ver el Cielo,  
tan sólo respirar?

¿Do no suene su voz que me acobarde?  
¿Do no vuele en las brisas de la tarde  
que él mismo embalsamó?  
¿Ni encienda esas estrellas que ama tanto,  
crisólitos caídos de su manto,  
que en torno sacudió?

¿Y será que se olvide de mi nombre,  
y nada le recuerde que hizo al hombre  
que al lado tuyo ves?  
¿Y no cuente al fulgor de sus destellos  
ninguno de mis días, ni cabellos,  
ni huellas de mis pies?

Mas ¡ah! que con su dedo omnipotente  
sostiene todo mar y continente,  
y el dedo encogerá,  
y desquiciado entonces con asombro  
para vagar en átomos de escombros  
el mundo caerá.

¡Oh amada realidad de sueños míos!  
Tú, nacida al frescor de cuatro ríos  
en medio del Edén,  
arrastrarás conmigo y con tus penas  
por páramos de estériles arenas  
tu maldición también!

¿Quién te igualó en riqueza y hermosura  
antes de aquel instante sin ventura,  
de amargo frenesí?  
¿Antes que aquella sombra te halagase  
y aquel fruto de muerte mancillase  
tus labios de rubí?

Las fuentes retrataban tu contento  
y de tu blanco seno el movimiento,  
tu risa y tu mirar:  
y tus ojos de llanto no sabían,  
y tus hondas entrañas no mordían  
las limas del pesar.

Las aves cariñosas te cantaban!,  
Las brisas tu cabello acariciaban  
con ósculos de amor,  
y cuando la pisó tu pie de nieve  
no perdió de aromosa ni de leve  
la más delgada flor.

Yo bebía en tus ojos dulce encanto,  
y envidiaba mi dicha el ángel santo,  
y el mismo serafín,  
que al eco de tu voz dejaba el cielo  
por gozar tu mirada de consuelo  
volando en el jardín.

¡Oh cómo se acabaron tales días,  
y se rasgó su tela de alegrías  
bordada de placer!  
¿Do estáis auroras puras y brillantes?  
¿Volasteis a otros climas muy distantes  
para jamás volver?

Ya el sol con su luz clara no consuela:  
siento mi desnudez que el frío hiela,  
y encuentro sin calor  
tus ósculos que libo y tu regazo,  
y al buscar una dicha en un abrazo,  
mi dicha es el dolor.

¿Y quién nos borrará de la memoria  
nuestro pasado bien y nuestra gloria,  
y excelsa beatitud,  
para que sin tormentos, sin enojos,  
cerremos breve instante nuestros ojos  
con sueño de quietud?

¿Y quién ha de dormir, si está presente  
del ofendido Dios omnipotente  
la eterna maldición?  
¿Si enluta nuestros pasos, nuestra vida,  
y con llama feroz, desconocida,  
nos quema el corazón?

¡Yo tiemblo de mirarme en su presencia!  
Resuena en mis oídos la sentencia  
que nos dictó el gran Ser:

«Por cuanto mis preceptos no cumplisteis  
al polvo volveréis de do salisteis,  
por sólo mi querer.»

Esto dijo a su triste compañera  
el hombre en su desgracia lastimera  
maldito de su Dios,  
y la fúnebre noche del pecado  
con un manto de sombras enlutado  
cayó sobre los dos.